

UN COUNTRY NOIR AUTÉNTICO

WOODS LANE

David Verdejo

"En el mundo real,
Jimmy no escucha
nada más,
salvo un grito"

"Sobresaliente (Claire)"

"Oscura, siniestra, te atraparé (Algunos libros buenos)"

"No he podido dejar de leer (Carla)"

"Me encantó (S. Moreno)"

2^o

EDICIÓN

CAPÍTULO UNO

Un cadáver y una huida

Woods Lane, Tejas - 25 de agosto, año 2016, 09:32 A.M.

Jimmy sueña. Imagina un mundo bañado por el sol y el canto de los pájaros invadiendo la casita del árbol, mientras llueve al otro lado de la ventana. Es una de esas lluvias molestas y entrometidas que no dejan a Jimmy salir a jugar al jardín. Pero, aunque luciera el sol con fuerza, Jimmy no podría subir a la casita del árbol. Las escaleras ya no aguantarían sus más de cien kilos, así que Jimmy sigue soñando en su cuarto azul, de paredes forradas con papel pintado y flores rojas y amarillas adornando cada esquina, que no le gustan nada en absoluto. Aun así, Jimmy no para de soñar. Cree correr sobre el prado que rodea el lago donde nunca dejan bañarse. O montarse en el viejo y oxidado tractor del tío John, al que tampoco dejan acercarse. Por si se corta, le dicen. Pero él es feliz creyendo que acaricia esa superficie áspera e irregular cubierta de mugre y metal corroído por el tiempo, rodeado de espigas y ramas secas. A veces, se pincha con virutas de hierro verdoso y bromea con la sangre que brota de sus yemas, roja y brillante, corriendo tras la tía Dorothy, como si se tratara de un fantasma. Porque ella se asusta mucho cuando esto ocurre, aunque para Jimmy resulte divertido. De hecho, se troncha de risa al ver a su tía alejarse del tractor haciendo aspavientos.

Esta mañana Jimmy sonríe sobre su colchón relleno de algodón. Bolas enormes y blancas obtenidas con el sudor de la frente de algún "negro perezoso", como dice su tío John. Pero a él le cae bien esa gente de piel oscura y brillante, no entiende por qué los odia tanto. Pensar en ello le invita a dibujar una mueca en su rostro con los ojos cerrados. Aun así, Jimmy sueña. Contento, en su mundo imaginario. Hasta que el grito de su tía Dorothy le arranca del escenario donde es feliz, cogiéndole del pelo y dejándolo caer sobre su cama con violencia. Se asusta y respira con dificultad. Comienza a temblar y se acurruca sobre sí mismo como uno de los gatos que viven al lado, en casa de esa mujer tan mayor. ¿Cómo se llamaban? Lo desconoce. Quizás lo tenga apuntado en su cuaderno, pero él se lo llevó.

Tampoco sabe que su vida está a punto de cambiar para siempre.

En el mundo real, Jimmy no escucha nada más, salvo un grito. Y decide estirar sus rechonchos brazos hasta alcanzar el batín que descansa a los pies de su cama. Erguido, se prepara para bajar a desayunar. Un leve aroma a tarta de manzana proviene del otro lado de la puerta, introduciéndose con lentitud entre la rendija que existe entre ella y el suelo, como si de un gas venenoso e invisible se tratase. Una delicada lluvia, suave y constante, se precipita contra el vacío en el jardín de los Samuels. Es agosto en Woods Lane, Tejas. La temperatura es muy elevada y la humedad es insoportable. Una sensación agobiante invade el espíritu de Jimmy y siente miedo. El calor no le viene bien. Y algo muy grueso le estorba. Al mirarse hacia abajo, no entiende por qué vuelve a ocurrir. Como le vea tía Dorothy le obligará a conversar con el señor H. de nuevo. Y Jimmy no quiere. Entonces recuerda su casita del árbol, aquella a la que ya no puede subir. Suspira. El aire cebado de su habitación se adentra en sus pulmones sin que él sea consciente. Respira profundamente y se relaja recordando las paredes de la casita del árbol, cubiertas de dibujos repletos de colores, fotografías, recortes, recuerdos e ilusiones. Por fin la erección desaparece y Jimmy sonríe y aplaude. Vuelve a estar contento.

Abre la puerta de su cuarto. La lluvia ha cesado y tan sólo el repiqueteo de las últimas gotas sobre Woods Lane le devuelve a una realidad muy alejada de su refugio en las alturas de su imaginación, aquel al que le cuesta subir.

Jimmy se dirige despacio hacia el descansillo preguntándose "¿Cómo estará el lago? Quizás está muy alegre de recibir la visita de nuevas amigas desde el cielo, como angelitos enviados por el Señor". Y decide bajar a la primera planta. Su infantil mirada oculta bajo un cuerpo de cuarenta años divisa el pasillo en penumbra. Una moqueta beis le indica el camino hacia la cocina, saltando sobre cada escalón que le llevarán hasta allí. No escucha nada. Tan sólo el golpeteo constante de las gotas de lluvia sobre su casa de tres pisos. Bueno, dos y el desván, donde tampoco le dejan subir. "¿Que habrá allí arriba?" Piensa, mientras desliza sus torpes pies por la escalera, alcanza el recibidor y se le nubla la vista. "¿Qué...?", todo se oscurece y pierde el sentido. Jimmy siente que la cocina da vueltas y su tía Dorothy le increpa, le grita palabras que no entiende, que no comprende por más que se esfuerza y una sombra le empuja hacia atrás. Se hace el silencio

de nuevo.

Recupera la vista con las rodillas clavadas en el suelo. Su mirada enfoca unos pies que apuntan al techo. Es la tía Dorothy. ¿Duerme? No sabe cuánto tiempo ha transcurrido desde que le comenzó a gritar de aquel modo. Jimmy masculla entre dientes cuando la ve tumbada sobre las placas de porcelanas negras y blancas, repartidas como un tablero de ajedrez, donde la reina yace en medio. Su bruxismo se acentúa emitiendo un chasquido con los dientes que rechinan sin descanso. "Si, quizás duerme o, ¡qué va!" Piensa. "Seguro que está jugando a que roza el tractor con el estómago y se llena de sangre." Ya no recuerda la regañina de hace unos minutos.

Jimmy se acerca arrastrando sus gruesas rodillas por el suelo húmedo hasta alcanzar el cuerpo caliente de su tía. Despacio, su mano izquierda toca el estómago empapado y su mano derecha blande el cuchillo que las tripas de la tía Dorothy sostienen en posición vertical. Los rayos de luz que penetran por la ventana semi abierta chocan con el filo metálico, emitiendo un brillo que le deslumbra. Miles de partículas de polvo revolotean sobre el cadáver, moviéndose con rapidez llevadas por la respiración de Jimmy. Él no se mueve y tiembla. No sabe, no comprende qué ocurre y la respuesta no está en su libro, que él se lo llevó. En un arrebató, extrae el cuchillo con las manos rojas. Sólo piensa en huir de allí, como si aquel elemento portara el alma de su tía Dorothy. Y corre abriendo la puerta principal. Corre muchísimo, bajando las escaleras del porche de un salto, empapándose de barro los pies desnudos. Corre como una gacela hasta el bosque de Bloods Spring, que rodea Woods Lane. Un lugar donde su tía Dorothy nunca le deja entrar.

Oficina del Sheriff - Woods Lane, Tejas - 26 de agosto, año 2016, 10:15 A.M.

Desayunar botella y media de Bourbon empezaba a ser una mala costumbre. Sobre todo, cuando tal cantidad de alcohol se ingería dentro del horario laboral. Pero al Sheriff le importaba tan poco su vida que, minutos antes del estruendo provocado por los nudillos de un agente sobre la puerta de su despacho, sostenía con dificultad el cañón de su revolver sobre la mandíbula inferior. El habitáculo reservado para el máximo responsable de la seguridad en aquel pueblo de Tejas era pequeño, cuadrado y oscuro. El Sheriff encargó tapar las ventanas con cartones que permitían el paso de luz en

cantidades ínfimas. Una lámpara en su escritorio ofrecía toda la iluminación que necesitaba en su lúgubre existencia.

—Señor —dijo una joven voz al otro lado —¿Oiga?

El Sheriff no tenía nombre. Nadie sabía cómo se llamaba. Nunca mostraba su identificación y todos sus registros oficiales los almacenaba bajo llave en aquel despacho. Así que todos le llamaban "señor" en la oficina. Sus ojos soportaban el cansancio con dificultad y el alcohol ingerido no le permitía enfocar más allá de dos metros. Cuando escuchó la voz al otro lado del cristal opaco, dejó el arma sobre la mesa y esperó. Le gustaba hacerse de rogar. De nuevo aquella presencia parecía no querer abandonar la puerta y, tras insistir dos veces más, el agente la abrió, liberando un olor a alcohol rancio. George era un tipo menudo, joven e ingenuo en un pueblo cuya media de edad superaba los cincuenta años y donde una mala pasada del destino le obligó a cubrir la plaza en la oficina del Sheriff.

"Dios mío" pensó al mirarle. Él la devolvió con los ojos inyectados en sangre, un hilo de baba pastosa cayendo por la comisura de los labios y la botella vacía sobre el escritorio, cerca del revolver que le apuntaba directamente. George decidió cerrar la puerta por fuera. Karen le observaba desde su mesa situada a tres metros del despacho y se encogió de hombros.

—Nunca había visto nada parecido —Se lamentó dejando caer su cuerpo sobre la silla de confidente que acompañaba el escritorio de Karen. Sin embargo, el descanso no duraría mucho.

—Vámonos —le dijo. Él obedeció resignado y se dirigieron al vestíbulo.

Durante el corto trayecto, George aprovechó para interesarse por el estado tan deplorable del Sheriff sin poder dejar atrás el hedor a alcohol y sudor que cubría el interior de sus fosas nasales. Pero Karen se adelantó.

—¿Estaba muy borracho? —Preguntó escribiendo algo en un registro que la recepcionista les dejó sobre el mostrador, haciendo oídos sordos a la conversación.

—Como una cuba —Respondió él.

Los agentes salieron al porche de la comisaría y miraron al cielo, que empezaba a clarear. Karen suspiró y George le dijo:

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace seis meses.

—¿Y desde entonces siempre está así?

—Sólo cada martes. Es como una penitencia.

—Hoy es jueves —respondió extrañado mientras abrían el coche patrulla.

—Lo sé. Ese es el problema.

—Quizás podríamos hablar con el alcalde.

Karen le miró con desdén y se introdujo en el vehículo, situado en una de las pocas plazas guarnecidas por los árboles. Woods Lane se hallaba en medio del desierto así que la vegetación existente que adornaba las calles y plazas del pueblo se incluyó a propósito. Parte de esa nueva flora consistió en cinco cipreses de altura descomunal y sombra afilada que cubría zonas muy solicitadas en el interior de la oficina del Sheriff. Y fuera. Por suerte para George, Karen era una agente veterana y consiguió la plaza de aparcamiento sin mucha dificultad. Las puertas del vehículo se cerraron a la vez sintiendo un vapor caliente que asfixiante. Al sentarse, ella se mordió el labio inferior e hizo una mueca dirigiendo sus ojos sobre las llaves que su compañero había introducido en el contacto del coche. El entendió inmediatamente y arrancó. A Karen no le gustaba conducir.

Dieciocho millas fuera de los límites de Woods Lane se encontraba la dirección que los agentes de emergencias les habían facilitado minutos antes. George no conocía el lugar. Karen, sí. Y el Sheriff. Después de rodear el lago Walking Road y el cementerio, comenzaron a observar pequeñas fincas ocupadas por caravanas desvencijadas, camiones oxidados y alguna furgoneta convertida en casa. Justo cuando pasaron cerca de un tractor cubierto de óxido y mugre, Karen le indicó que redujera la velocidad. Frente a ellos se elevaban diez pinos en hilera, como si se tratase de un escuadrón de soldados que custodian la casa situada justo detrás. Una mansión de dos plantas y una buhardilla, con un jardín alrededor muy descuidado y repleto de malas hierbas.

El coche se detuvo delante de la puerta principal abierta varios centímetros. Desde el interior un olor a tarta de manzana cubría todo el porche. Y huellas de sangre salían de la casa perdiéndose hacia el este, en dirección al tractor oxidado. Karen, de pie desde el exterior del coche, metió la mano en su interior y agarró el transmisor para solicitar refuerzos. George había caminado varios pasos hacia la casa y desenfundado el arma.

—Dorothy... ¡Dorothy Samuels!

Silencio. Hacia pocas horas que la lluvia abandonó Tejas para dejar paso a un sol radiante y veraniego. Los pájaros deberían estar celebrándolo, pero en aquel claro del bosque no se escuchaba ni un alma. La casa de los Samuels guardaba un aire colonial desde sus cimientos clavados en la tierra hasta el tejado, importado de los primeros habitantes que dejaron grabadas en las columnas, pórticos y marcos su huella característica. Hacia el oeste emergía un pequeño cobertizo que Karen divisó nada más posar sus botas sobre el barro que rodeaba la finca. De paredes rojas y tablones blancos atravesados, cayó en la cuenta de que la portezuela se encontraba entornada. Cerca de allí, hizo una señal a George para que entrase en la casa al ver que nadie respondía al nombre de la propietaria y comprobó que continuaba paseando lentamente por el porche de la vivienda. Karen suspiró al cielo y dudó si su compañero entendió el mensaje al tiempo que su mano abría la puerta del cobertizo por completo, impulsada por la curiosidad. Un chirrido quebró el silencio como una daga espantando una bandada de garzas azules que anidaban en un árbol cercano, mientras que un fuerte olor a barniz la obligó a taparse la nariz. Encendió la linterna con torpeza y el brillo de pequeñas cajas de madera color ocre la cegaron por un instante, pero se recuperó con rapidez y comenzó a examinar el lugar. El círculo de luz que paseaba por el interior de aquellas cuatro paredes de madera podrida iluminó un banco de trabajo, varias herramientas colgadas y botes con líquidos de diferentes colores y texturas sobre dos pequeñas estanterías combadas. A su vez, George caminaba por el porche con el revólver apuntando hacia el suelo y observando las huellas dejadas por la sangre aún visible gracias a su caída vertical y al tejado que lo cubría. Al ver el rastro que iban dejando comprendió que se perdían allí donde el agua hizo acto de presencia. Estaba claro que alguien huyó de la casa.

En ese momento, una voz gritó desde el lado oeste de la finca.

—¡Karen! ¡Karen! — exclamaba una mujer octogenaria, de abundante melena color marfil y delgadez extrema que se apoyaba, a duras penas, sobre un andador con sus manos huesudas y dedos infinitos, dirigiéndose con decisión hacia los agentes.

—Emilia... espere, por favor que ya voy —respondió Karen.

—Ay hija, cada día estoy más torpe... ¿ya habéis visto a Dorothy? ¡Dios mío, qué la han hecho! He llegado esta mañana del hospital de Dallas... una radiografía, querida... ya sabes, los años no perdonan... y me acerqué a ver si

Dorothy había cuidado de mis gatos estos días y... ¡Oh, Dios Mío! Pobrecita... — sus manos pálidas y cubiertas de lunares oscuros taparon un rostro arrugado por el paso de los años. Sollozando, Karen se giró y gritó a su compañero.

—¡George, entra en la casa y localiza a la señora Samuels! Yo me quedo con Emilia.

El obedeció sin rechistar y avanzó por el porche hasta entrar en la casa, donde su sombra se perdió en la oscuridad. En Woods Lane, Karen hacía las veces de Sheriff mientras su recién llegado compañero intentaba comprender la espiral de autodestrucción a la que el verdadero Sheriff se sometía cada día. No sería lo único de lo que debería preocuparse a partir de aquella mañana.

En el interior de Bloods Spring, alguien tiritaba de frío. La grasa que rellena su cuerpo no ha sido suficiente para darle calor durante la noche anterior. Woods Lane es un lugar húmedo cuando el sol abandona el desierto de Tejas y los animales nocturnos comienzan a dominar el espacio, emitiendo sonidos espantosos y provocando terribles pesadillas. Jimmy no ha pegado ojo a pesar del transcurrir de las horas. Sus manos continúan agarrando con fuerza el cuchillo ensangrentado mientras la luz del sol calienta su sien empapada por el sudor. Ya no imagina mundos maravillosos en la casita del árbol, donde no puede subir. Lo único bueno es que el ruido nocturno ha pasado y ya no tiene tanto miedo. Sin embargo, su mente ha comenzado a recordar. La edad infantil que vive en su cerebro acaba de madurar lo suficiente para que sea consciente de lo que tiene entre las manos. Se asusta y suelta el cuchillo. Intenta levantarse. Pero un dolor agudo resquebraja sus rodillas entumecidas por el tiempo que han permanecido estancas. Sus piernas no responden. Se lleva las manos a la cabeza sintiendo la sangre mezclada con el agua del rocío y comienza a llorar. Jimmy se lamenta y solloza tan desconsoladamente que los árboles del bosque de Bloods Spring sienten lástima por él y propagan su llanto hasta llegar a los oídos de Emilia y Karen. En ese instante, un escalofrío recorre cada espina dorsal y ambas miran en dirección al imponente alarido transportado por los árboles. Ya saben dónde está el pobre Jimmy. Varios Jeep de la oficina del Sheriff aparecen de pronto como si hubieran orquestado su entrada en la finca coincidente con el grito que les pone a

todos en alerta. Se miran y acuden corriendo delante de un monstruo que les invade e hiela la sangre. Un espectro que George ve reflejado en los ojos abiertos de Dorothy, tumbada en el suelo de su cocina mirando al techo. En ese mismo instante, Jimmy escucha numerosas pisadas que se dirigen hacia él y ladridos de perros hambrientos. Su pantalón se humedece de nuevo y calla, esperando lo inevitable.

CAPÍTULO DOS

Sin palabras

Oficina del Sheriff - Woods Lane, Tejas - 26 de agosto, año 2016, 04:32 P.M.

La oficina del Sheriff se encontraba al final de la calle Benson: una carretera cortada por ese edificio prefabricado y destartado. Dos plantas de color gris pálido recubiertas de tabloncillos horizontales soportaban una pequeña balconada sobre el porche y, en el tejado, un letrero anunciaba el uso público del edificio. En su interior, George Brooks y Karen Williams preparaban el interrogatorio de Jimmy cuando alguien entró en la comisaría a voz en grito.

—¡Yo lo he visto! Oh, Dios sabe que estaba allí... ¿No me creéis?

Varios compañeros detuvieron al tipo que exclamaba sin cesar mientras el Sheriff salía de su despacho tambaleándose. Al escuchar la puerta abrirse, se hizo el silencio y el tipo dejó de berrear como un carnero.

—¿Quién coño está gritando? ¿tú? —Le dijo agarrándole de la camisa.

El hombre sudaba a goterones y aflojó los brazos para liberarse de los Ranger que le sujetaban con fuerza. El Sheriff le miraba con desprecio intentando mantener los párpados en lo alto mientras su rodilla derecha vibraba sin cesar. Entonces el que gritaba se acercó un poco más y le susurró con los ojos abiertos de par en par:

—Yo... le... ¡he visto!

—¿A quién narices has visto, Mel? —Respondió el Sheriff con sorna.

George y Karen, que se encontraban tras una columna, se miraron. George le preguntó si le conocía y Karen suspiró asintiendo.

—Lo sabes bien... iba a pronunciar tu nombre, pero sé que tu vida te importa tan poco que destruirías la mía en un santiamén si lo hiciera, lo cual tampoco me importa.

—Estás enfermo, Mel. Lárgate de aquí.

—Y tu borracho... "Sheriff"... ¡te digo que le he visto! Pero ya tenéis al asesino, ¿verdad? Pobre chico...

—No sé de qué hablas, Mel. Más te vale que muevas tu sucio culo irlandés hacia la salida y no vuelvas por aquí en tu vida.

—Así que Jimmy ¿eh?... mira bien lo que te digo, "Sheriff"... Quien le ha hecho eso a Dorothy lleva pudriéndose bajo tierra durante mucho tiempo...

pero ahora ha vuelto ¡y yo le he visto!

El Sheriff hizo una mueca a los agentes que seguían atentos tan extraña conversación y comprendieron que debían sacar a ese tipo de allí. Le agarraron por la pechera y le arrastraron a la calle mientras canturreaba una canción.

—Andando, vamos a hablar con Jimmy —Ordenó Karen a su compañero.

Pero al llegar, encontraron la puerta de la sala de interrogatorios bloqueada y las persianas bajadas. Karen la golpeó con los nudillos suavemente, pero nadie abrió. Miró a un lado y al otro, comprobando que ningún compañero se hallaba cerca y, en un segundo, su cuerpo menudo se deslizó hacia atrás haciéndose una coleta que ahogaba su larga cabellera rubia para abalanzarse, otro segundo después, sobre la puerta. El cerrojo saltó en varios pedazos, la puerta se abrió golpeando la pared y las pupilas de Karen se dilataron lo máximo posible mientras sus piernas comenzaron a temblar. George entró tras ella y se llevó las manos a la boca. "No puede ser" Dijo para sí.

Karen se acercó al cuerpo de Jimmy y comprobó que aún respiraba. Pidió un trapo con urgencia y George le entregó algo que una compañera tenía a mano. Lo aplicó alrededor del bolígrafo clavado en la garganta del muchacho y detuvo la hemorragia cuando gritó pidiendo una ambulancia. George miró alrededor: no había ventanas ni armarios. Dentro de la sala sólo había una mesa, una silla y el espejo semi transparente que servía de ventana para visualizar el interrogatorio desde el otro lado. George se acercó al rectángulo de vidrio cuando dos sanitarios entraron para contener la vida de Jimmy que se esforzaba por salir de aquel enorme cuerpo. Al otro lado del cristal, una sombra se movió sin esperarlo y un ruido proveniente de aquella sala contigua entumeció todos los músculos de George. Sin embargo, su instinto le empujó a salir, a recorrer el pasillo para entrar en la habitación. Al fondo, otra puerta entornada mostraba un camino. No lo pensó dos veces. Corrió en esa dirección, donde quiera que le llevase y, al traspasar el umbral, escuchó pasos. Afinó el oído y se dejó llevar por el rastro sonoro de alguien huyendo de la comisaría. Decidió salir tras él atravesando un largo corredor iluminado a duras penas, hasta que emergió a la luz del sol abrasador cuando abrió una tercera puerta que le llevaba directamente a la calle. Allí, en medio de un descampado situado en la zona sur de la oficina del Sheriff, recibió un bofetón de calor y arena, sorprendido por una furgoneta verde que derrapaba sin cesar. La polvareda que levantó el vehículo impidió leer la matrícula con claridad,

pero tuvo tiempo para ver algo peculiar en el lateral. Un símbolo que grabó con rapidez en su memoria al verle huir a gran velocidad.

Cuando George volvió a la oficina del Sheriff, Karen se encontraba en la sala de interrogatorios con la cara desencajada y los ojos clavados en el charco de sangre que goteaba desde la mesa hasta el suelo. El entró y cerró la puerta. Ella elevó la mirada y permaneció callada.

—¿Qué coño está pasando aquí, Karen? —Exclamó sacudiéndose el uniforme de polvo.

Ella suspiró. Acarició su frente y deslizó una hoja de papel hacia su compañero. George lo cogió y estudió su contenido: un dibujo realizado por un niño pensó. En él se mostraba, con trazos irregulares, un rectángulo rodeado de otro trazo más grueso que simulaba los muebles de una habitación. Cuadriláteros con los bordes superpuestos, cilindros que humeaban a modo de cacerolas y ollas. Una ventana entreabierta y un muñeco en medio del papel, sin grosor, como el gráfico de una señal de tráfico. Pero alrededor de aquel muñeco dibujado con palitos, unas líneas curvas lo rodeaban mostrando el interior pintado con garabatos. En la esquina superior derecha, un palacio con dos torres más una central. Al otro lado del folio, un árbol con una casita en la copa.

—¿Y esto?

—Jimmy lo dibujó con el bolígrafo que tenía en la garganta. ¿Cuánto tiempo ha estado Mel aquí?

—¿El que ha entrado increpando al jefe?

—Sí.

—Unos veinte minutos, diría yo...

—¡Joder! —Dijo golpeando la mesa y levantándose con violencia.

—¿Me vas a contar de una puñetera vez que está pasando? ¡No entiendo nada!

—Ven conmigo.

Karen abandonó la oficina del Sheriff al trote y George la siguió con dificultad. Las largas y atléticas piernas de su compañera le permitían moverse con rapidez. En la calle First giró a la izquierda en dirección a la plaza del ayuntamiento Court Square. George jadeaba tras ella y consiguió alcanzarla en el puesto de prensa.

—Dios mío.

Karen sostenía el Woods Lane Herald de aquel día. El titular rezaba:

<<Un discapacitado mental asesina brutalmente a la hermana de su padre,
muerto veinticinco años atrás>>

El contenido de la noticia describía, con todo lujo de detalles inventados, el terrible crimen perpetrado por Jimmy, enfermo mental de cuarenta años que vivía con la víctima. Karen paró de leer y se dirigió a la calle Cherri donde se encontraba su cafetería favorita. Allí buscaba cobijo siempre que deseaba aislarse del agobiante y rudo ambiente de Woods Lane. Un pequeño paréntesis en su día a día desde que llegó, recién salida de la academia.

Al entrar, una camarera cuya piel era más oscura que el propio café que servía la recibió con una de las sonrisas más bellas de Tejas, según los pensamientos de George que le comentaron al entrar tras su compañera.

—Hola Linda... —Suspiró al aire.

—Hola monada... no tienes buena cara, ¿te preparo algo que te alegrará el día?

—Sí, por favor.

—¿Y este chico tan guapo con el que vienes? —Preguntó colocando su brazo izquierdo en jarras mientras el derecho giraba la carta con elegancia sin parar de mirar a George.

—Es mi nuevo compañero, George Brooks. George, esta es Linda, propietaria, camarera, contable, etc. del Cherri's —Realizó las presentaciones moviendo el dedo índice de su mano derecha en remolino, como si agarrase con delicadeza una varita mágica.

La mano de George se acercó suavemente hacia la de Linda, que abrió totalmente para estrecharla con fuerza. Sus palmas se juntaron y ambos sintieron un escalofrío que les atravesó la piel mientras él sonreía como un chaval minutos antes de entrar en el baile de fin de curso.

—¿Qué quieres, encanto?

—Bueno... —dudó —lo que le pongas a Karen estará bien, gracias.

—Ok chicos... Dame unos minutos ¿de acuerdo?

Linda giró sobre si misma cómo una bailarina sobre su eje y comenzó a caminar desplazando toda la cafetería hacia un lado y hacia el otro. George, absorto en los vaqueros de la camarera, sintió volver al mundo real cuando Karen golpeó, ya sentada, la mesa con suavidad.

—¡Eh! ¿Te cuento o qué?

—A sí... perdona —Y ocupó su sitio en silencio sin dejar de sonreír.

George había clavado su mirada en aquella mujer, pero tenía que ser muy comedido para demostrarlo. Aunque algo en la sonrisa de Linda destrozó todos sus límites. Se restregó la mano por la frente, acalorado, mientras repasaba todos los hechos ocurridos en tan corto espacio de tiempo. Debía centrarse en el caso de Dorothy. No hacía ni una semana que se había instalado en Woods Lane y ya estaba perdiendo la cabeza.

—Bien, ¿por dónde empiezo, George?

—Por el principio. ¿Quién es Jimmy Evans?

—Será mejor que te cuente quien es Dorothy, ¿de acuerdo? Dorothy Samuels era la menor de tres hermanas, todas oriundas de Woods Lane que crecieron en la casa que hemos visitado esta mañana. Por lo que tengo entendido, su padre trabajó hasta el último suspiro en el campo y, tiempo antes de morir, dejó la casa a las tres chicas con una condición.

—¿La madre?

—¿Quién?

—La madre de Dorothy... sólo has nombrado al padre.

—Ah, sí.

Linda apareció con una bandeja enorme que sostenía con un equilibrio fascinante. Sus dientes blancos y relucientes daban la bienvenida a un apetitoso desayuno consistente en un enorme batido de frambuesas silvestres acompañado por un beagle relleno de pavo para cada uno. Sin embargo, el plato de George tenía una tarjeta enganchada entre el cubierto y la servilleta. Karen sonrió y Linda le guiñó un ojo.

—No la mires ahora... déjame que te cuente y lo haces en casa, cuando acabes el turno, ¿ok?

—Vale —Respondió sonriendo.

—Por cierto, ¿dónde te alojas? No me has dicho nada...

—Vaya, pensé que sólo éramos compañeros —dijo, arrepintiéndose inmediatamente.

—No seas cretino, George. Necesito saber tu dirección por si tengo que localizarte ¿entiendes?

George sintió un cuchillo del tamaño de una lanza introducirse en pleno estómago. Volvió a ponerse colorado y comenzó a sentir náuseas. De repente, aquel succulento desayuno ya no le apetecía. Karen continuó con su narración como si nada hubiera ocurrido.

—La madre de Dorothy murió en su propio parto. Su padre nunca se lo perdonó y, para las hermanas mayores, aquello fue motivo suficiente para

condenarla de por vida, como si fuera culpa suya. Sobre la herencia, el padre de Dorothy dejó escrito que las tres hijas se quedarían el treinta y tres por ciento de la casa y las tierras, así como el lago Walking Road, con una condición. Algo que las ataría de por vida a este maldito lugar.

—¿Maldito lugar? Pensaba que te gustaba el pueblo.

Karen guardó silencio. La mano que sostenía su batido comenzó a vibrar. Sus ojos se tornaron amenazantes y apretó los dientes.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Perdona, sólo pensé...

Le cortó como quien arranca un junco del agua.

—Pues no pienses. Estamos hablando de la víctima y su historia... no de mí, ¿vale?

—De acuerdo, lo que tú digas...—Afirmó George enrojecido —¿Qué clase de condición les impuso a las chicas? —Se apresuró a preguntar sorbiendo un poco de su bebida a la espera que Karen recuperase su rostro habitual.

—No casarse nunca.

George dejó la bebida sobre la mesa mirando a Karen fijamente.

—Pero eso no les ataba a Woods Lane, podrían irse a otro estado y rehacer su vida.

—No. El testamento exigía que las chicas debieran permanecer juntas y solteras. Estamos hablando de una época donde, si no había matrimonio, no habría hijos, ¿entiendes?

—Pero... ¿y Jimmy? Según el periódico, Dorothy era su tía, así que una de las hermanas debió casarse.

—Exacto. Según cuentan, la hermana mediana, Ángela, conoció a un chico llamado John y se quedó embarazada cuando aún vivía el padre. Una noche les encontró retozando en el interior de la furgoneta que utilizaba para los repartos y el crío se enzarzó con él. Días después, denunciaron la desaparición del padre.

—No me digas más: nunca le encontraron.

—Eso es. Y el novio de Ángela se fue a vivir a la casa, ahora que el padre ya no estaba.

—¿Y qué ocurrió?

Karen suspiró de nuevo. Levantó la mano y Linda acudió con un papelito que mostraba el gasto de ambos desayunos. Pagó y miró fijamente a George.

—Voy a llamar al hospital —Dijo con desgana.

Se levantó agarrando el móvil con una mano y abandonó el local. George la siguió con la mirada hasta la acera donde comenzó a marcar un número y hablar por el dispositivo. Se quedó absorto en el brillo que reflejaba la placa según giraba la cintura a un lado y al otro, al compás de la conversación. Desde que llegó a Woods Lane no había querido reparar en su compañera: una mujer inteligente que lo reflejaba en unos ojos claros, redondos, vivos y brillantes, despiertos como los de una liebre. Ahora que no se contuvo, logró apreciar cierto atractivo. Aunque no podía decirse que Karen fuera bella según sus criterios, si guardaba algo singular. Desde su posición tras el cristal de una cafetería semi desierta en mitad del condado de Tejas, George permaneció embobado observando la escena de su compañera moviéndose de un lado al otro de la calle con el móvil pegado a la oreja y su melena rubia descansando sobre el hombro izquierdo sin percatarse que alguien le miraba fijamente.

Hasta que alguien carraspeó.

—Hola precioso. Te has quedado atontado, ¿eh?

George volvió al mundo real y sintió un escalofrío cuando se dio cuenta que Linda se sentó en el lugar que dejó Karen libre. Sin embargo, le mostró una increíble sonrisa cuando este giró la cabeza y cruzó sus ojos grises con los negros de aquella mujer. George bajó la vista hacia la chapa que lucía el nombre de la camarera. Lo leyó y la apartó con rapidez, no pensara que estaba observando otra cosa, aunque le hubiera gustado que la placa mostrase un nombre más largo.

—Linda... ¡hola! ¿Necesitas algo...?

—Sí, querido... no te olvides de la nota que te he dejado, ¿vale?

Y se levantó guiñándole un ojo.

Karen entró en ese instante.

—Vamos. No podemos ir al hospital todavía. Jimmy no ha despertado.

—¿Y dónde vamos entonces?

—A su casa.

CAPÍTULO TRES

Mejor no saber

Jimmy despierta en la casita del árbol. Se imagina pequeño y delgadito. Según su tío John, no llegará a ser nada en la vida, con ese cuerpo que parece una alpaca de trigo. Además, como es tonto, nadie le va a querer. Si, así le llama siempre que está enfadado y cuando no lo está. Pero Jimmy quiere al tío John porque le deja jugar en el tractor oxidado e imagina que es un granjero muy fuerte y grande, que tiene muchas tierras y que da de comer a muchos cerdos y gallinas. También imagina jugar con las cajas del cobertizo. Pero Jimmy no puede entrar ahí. Lo tiene prohibido, aunque, según la tía Dorothy, no es lo mismo que ir a la buhardilla. A la casita pequeña del jardín, roja revestida de tablones blancos, no le permite entrar porque puede mancharse de barniz. La tía Dorothy es muy buena. Pero Jimmy no sabe qué es el barniz.

Tampoco sabe cómo ha llegado a la casa del árbol. No sabe qué hora es, ni siquiera mucho acerca del día y la noche, sólo que el sol se levanta y dicen los mayores que es temprano y, cuando se acuesta, que es tarde. Y ahora ha despertado, ha sacado su “cabezota llena de serrín”, como le dicen en la escuela y ve que el sol se ha caído. Sí, su pequeña mente situada en los albores de la niñez le formula preguntas imposibles de responder. Ahora, el sol está sobre la montaña y Jimmy no se levanta, sólo lo mira. Entonces escucha a la tía Dorothy llamarle. Y grita: “¡Jimmy! ¡Jimmy, ¿dónde demonios te has metido?”. Pero Jimmy no contesta. Empieza a temblar y sentir eso tan rígido y duro debajo del ombligo que no sabe cómo parar y se pone más nervioso aún. Los gritos de tía Dorothy se acercan. Puede sentirlos y no tiene pinta de estar contenta, no.

Jimmy intenta pensar en una solución. Quizás, si cierra los ojos muy fuerte, el tiempo se detiene o corre más deprisa, hasta que el sol caiga tras las montañas. Pero no es así, porque la tía Dorothy sigue gritando y ahora escucha los peldaños de la escalera crujir. Un lamento tras otro. La escalera llora por el peso de la gorda tía Dorothy ¿o es que no lo oye? Jimmy se arrepiente de pensar eso de su tía cuando siente un golpe seco y firme sobre su nuca.

—¡Maldito desgraciado, te he dicho mil veces que en esta casa se

cena a las seis en punto y ni siquiera te has cambiado de ropa! ¿Es que no te enteras de nada? Me tienes harta...

Jimmy tiembla mucho y llora aún más. Siente como su trasero se cubre de un charco que su propio organismo no ha podido contener. La tía Dorothy enrojece, entra en un estado de cólera y grita. Un torrente de palabras sin sentido es escupido por su boca mientras doscientas manos se precipitan sobre la espalda y la cabeza de Jimmy. Finalmente, le arrastra hasta la puerta de la casita del árbol y Jimmy sonríe al ver que el sol ya duerme. Quisiera ser el sol. Ahora baja las escaleras empapado y con torpeza. Jimmy cree que irá a cambiarse y a cenar verdura cruda, como siempre y después a la cama sin su vasito de leche caliente. Pero no es así.

La tía Dorothy le arrastra a trompicones por el jardín. En un lateral de la vivienda, una portezuela encierra el lugar más temido por Jimmy. Y la tía Dorothy se dirige hacia allí. Llorando, se niega y siente un golpeteo en el interior de su cabeza que le provoca vomitar sobre los zapatos de su tía. Ella le mira dibujando una mueca de repugnancia en su avinagrado rostro y le abofetea sobre el césped mojado con restos de la comida. Jimmy llora cada vez más y se hace un ovillo con sus piernas. Su cuerpo se tambalea y permanece estático en el mismo lugar, momento que la tía Dorothy aprovecha para abrir la trampilla que conduce a la más absoluta oscuridad y, con un esfuerzo sobrehumano, lanza el cuerpo de Jimmy hacia el interior. Él desaparece rodando escaleras abajo. Sus lamentos se confunden con los golpes al caer y, segundos después, se produce el silencio. Una bandada de pájaros abandona un ciprés cercano. Y Dorothy eleva la mirada hacia una presencia vestida de oscuro que la mira.

—Todo suyo —Le dice girando noventa grados sobre sus zapatos húmedos y sin volver la vista atrás. La presencia se introduce sigilosa en el agujero, comienza a bajar las escaleras y cierra la portezuela sobre él. Minutos después, un grito se ahoga bajo los cimientos de la casa.

Finca de la familia Samuels - Woods Lane, Tejas - 26 de agosto, año 2016,
06:05 P.M.

Un charco de sangre seca y mate reinaba en el centro de la cocina. El sol comenzaba su pausado caminar hacia el ocaso, penetrando por las ventanas como gruesas bandas de luz dorada por las que navegaban miles de partículas de polvo, moviéndose con exasperante lentitud. Un olor mezcla de dulzón y

madera mojada flotaba en el ambiente. La estancia poseía una puerta que daba acceso al corral trasero y la silueta del pequeño cobertizo podía verse tras el ventanal cubierto por una pequeña capa de polvo y gotas de lluvia reseca. Karen apareció tras la espalda de George colgando el teléfono.

—Empezamos por su cuarto.

Ambos subieron las escaleras que crujían en cada peldaño y llegaron hasta la habitación de Jimmy. Al abrir la puerta, parecía que hubieran retrocedido varias décadas. La máquina del tiempo se activó mostrando un espacio lleno de juguetes y dibujos pegados por las paredes. Un escritorio con pinturas cubierto de garabatos se situaba al fondo de la sala azul, cerca de la cama cuyas sábanas mostraban motivos infantiles bordados a mano. Las cortinas lucían coches descoloridos. La luz transversal del atardecer desveló suciedad acumulada en la parte inferior de la tela que caía hacia el suelo, ocultando una ventana. George y Karen, detenidos en el centro de la habitación, sintieron un hormigueo que les recorrió desde el final de la espalda hasta la nuca. ¿Cuánto tiempo llevaría el cuarto de Jimmy sin limpiarse? Se preguntaron. George se dirigió a un escritorio y Karen se acercó a una estantería que almacenaba decenas de libros a tenor de la curvatura de cada balda. Mientras se preguntaba cómo era posible que no se hubiera partido en dos, su dedo índice arrastró una cantidad ingente de polvo que se almacenó en la yema creando una pelusa opaca sobre ella. El surco dejado sobre la madera hacía pensar que el color original era el blanco y no el gris cómo los dos interpretaron al entrar.

—¿Tenías mucha relación con Jimmy?

Karen se limpió provocando una pequeña polvareda alrededor y sacó de su bolsillo un par de guantes azules. Al escuchar la pregunta respiró despacio y contestó.

—Poca o casi nada. Es un tipo... especial ¿sabes?

—Explícate —respondió George mientras abría un cajón tras otro de la cómoda situada a la derecha del escritorio. Sus guantes comenzaban a oscurecerse en la punta de los dedos.

—Verás, bajo ese cuerpo de cien kilos y cuarenta años vive encerrado un niño de unos siete.

Hizo una pausa.

—Jimmy es tímido, solitario, torpe... carece de habilidades sociales. Sin embargo, adoraba a su tía Dorothy. Siempre estaba detrás de ella, abrazándola y diciendo lo mucho que la quería. Nunca le vi a solas.

—Pero le encontraron en el bosque, con las manos ensangrentadas y el

cuchillo a un metro de distancia.

—Ya ya... no tiene sentido, George.

—¿Qué no tiene sentido?

—Jimmy sería un inútil, un deficiente mental e incluso un tonto como le llamaban todos. Pero lo que te puedo asegurar es que era un Ángel.

—¿Cómo que un Ángel?

—Jimmy no sería capaz de hacer daño a nadie y menos a su tía Dorothy. Ya te digo que la adoraba.

—O le tenía miedo.

—¿Miedo?

George observaba el contenido de una carpeta de cartón marrón extraída de un cajón. En el momento de pronunciar aquellas palabras que hicieron dudar a Karen, él le pasó uno de los dibujos. Ella se echó hacia atrás horrorizada. George colocó sobre la cama más borrones y bocetos. Karen sostenía entre sus dedos ennegrecidos el retrato de una mujer grande, con garras y dientes afilados que cubría toda la hoja. El color utilizado, el rojo y los trazos mostraban la evidencia de haber sido realizados por un niño de corta edad. Había más, donde se mostraban manchas rojas enormes, multitud de personas tumbadas sobre un lecho colorado y truenos que bajaban del cielo con nubes negras. Rayas que simulaban cuchillos, hachas, lanzas y toda suerte de posibles armas punzantes ensartando personas pintadas con palitos que rellenaban hojas y hojas de macabras ilustraciones.

—Dios mío... —suspiró Karen.

George continuó registrando el cuarto cuando otra pregunta lanzada al aire volvió a desconcertar a su compañera.

—¿Y del sexo?

—¿Qué coño dices George?

—¿Sabes si Jimmy mantenía relaciones sexuales?

Sintió náuseas. La imagen infantil de Jimmy se desvanecía por momentos.

—¡Pues claro que no! —Exclamó, aunque reaccionó con rapidez —¿Cómo quieres que sepa algo así?

George le indicó que se acercase. Y ella rodeó su espalda dejando la mano derecha sobre el hombro. Su vista saltaba por encima de él mientras este le mostraba un cajón de ropa interior cuyo contenido había vaciado sobre la cama. En el fondo de la estructura rectangular encontró algo relevante.

—¿Qué clase de revistas son estas?

—Mira... hay de todo tipo: gay, heterosexual, transexual, sado... ¡joder! Tenía una de cada... aquí hay por lo menos veinte.

Karen las cogió una a una y ojeó el interior. Sus ojos comenzaban a desprenderse de las órbitas mientras sus dedos pasaban páginas a una velocidad vertiginosa.

—No lo entiendo, George... —Dijo justo cuando su mano dejaba caer una revista sobre la moqueta y su cuerpo se precipitaba sobre la cama.

—Tú lo has dicho: es un tipo de cuarenta años con una mentalidad de siete. El desequilibrio es brutal y la sexualidad es un instinto físico ¿no crees?

—Ya, pero nunca lo hubiera pensado de Jimmy.

—De todas formas, hay algo extraño en estas revistas.

Karen le miró agotada. No podía soportar más sorpresas.

—¿Y ahora qué ocurre? — Preguntó con la mirada perdida entre los pliegues de las cortinas.

—Mira este lado —Le dijo, mostrándole la esquina superior derecha de un ejemplar con su dedo golpeando varias veces el papel.

—Parece una letra.

—Una "H".

—No entiendo nada.

—Y está en todas. Una "H" escrita en la parte superior derecha.

Los párpados inferiores de Karen temblaban de asombro cuando George levantó el brazo alarmado.

—Espera... —susurró.

Un ruido en la planta inferior les sorprendió. George arrojó las revistas sobre la cama y Karen se dirigió a la puerta del cuarto desenfundando el revolver. Miles de motas de polvo que pululaban en el aire se revolucionaron formando un remolino que giraba con rapidez. Bajaron tan aprisa que casi tropiezan el uno contra el otro. Al llegar al recibidor, frente a la cocina, encontraron al reverendo Cleverance sosteniendo un rosario con una mano y la otra con el puño, pegado al bolsillo del pantalón.

—¡Reverendo! ¿Qué hace usted aquí? ¿No ha visto la cinta que prohíbe el paso?

—Mis más sinceras disculpas... conocía a Dorothy desde niña... ha sido una pérdida terrible.

—Lo sabemos, reverendo... pero debe marcharse, no puede estar aquí —le insistió Karen a la vez que agarraba el puño que apretaba con fuerza.

—¿Es ahí donde ocurrió?

—Sí, en la cocina. Permítame que le acompañe al porche.

En ese instante, Karen sintió que el reverendo no abría la mano que ella sostenía.

—Perdone... ¿que lleva aquí?

El reverendo Cleverance la miró fijamente. Sus pupilas intentaron absorber la escasa luz que rebotaba en las paredes. Gotas de sudor brillante resbalaron hasta las orejas provocándole un picor insoportable. Al rascarse de forma compulsiva, ganó unos segundos para sopesar qué hacer. Los agentes le miraban con fijación así que decidió abrir el puño y mostrar la palma hacia el techo. En medio de las rayas de la vida, apareció un anillo de oro cuyo sello en relieve estaba decorado con un tinte rojo.

—Agosto es muy cruel en Tejas, hija mía. El anillo del Santo Padre me hace daño al engordar los dedos por el calor y no puedo llevarlo puesto. Así que lo meto en el bolsillo y lo estrecho en mi mano cuando necesito estar cerca del Señor.

—Como el rosario que lleva en la otra.

—Sí... eso es. Ahora debo marcharme. El sepelio será mañana, a las doce en punto. Todo el pueblo acudirá... espero verlos allí. Hasta pronto.

Y se desvaneció en la oscuridad de la recién estrenada noche del veintiséis de agosto en Woods Lane.

—Llama a la oficina del Sheriff y solicita que venga una patrulla a vigilar la casa, por favor. No quiero visitas inesperadas ni convertir esto en un centro de peregrinaje.

George salió de la casa y marcó el número de la oficina. Karen entró en la cocina y observó el rastro de sangre dejado por el cadáver de Dorothy cuando un detalle llamó su atención. En el extremo más oriental de la Pangea ocre dibujada sobre el suelo había una huella singular. Se agachó y comprobó su tamaño, forma geométrica y lo que parecía ser una pequeña imagen familiar en el centro. Con ligereza, sacó el móvil del bolsillo y enfocó aquella extraña figura. Sin dejar de mirar la pantalla del dispositivo, se levantó. Ampliando la fotografía con los dedos, juraría haber visto aquel símbolo antes.

Minutos después, ambos agentes abandonaron la finca de los Samuels dejando un rastro de arena sobrevolando el suelo un par de metros.

CAPÍTULO CUATRO

Funeral para un vivo

Woods Lane, Tejas - 27 de agosto, año 2016, 08:05 A.M.

El sol volvía a brillar con crueldad sobre los prados achicharrados y las fincas reseca de Woods Lane. Otro año más, la cosecha se hallaba en serio peligro y los que trabajaban la tierra lamentaban su suerte mientras los empleados del banco amasaban una mano con la otra, echando cuentas y vertiendo gotas de baba corrosiva sobre los contratos de arrendamiento. El viento había abandonado aquel lugar hacia tiempo y ni siquiera las chicharras podían rozar sus alas para avisar del calor extremo a los incautos que deambulaban por allí.

De antiguas tortugas que cruzaban las polvorientas avenidas del pueblo, allá por los años sesenta, no quedaban más que su recuerdo en las bibliotecas de las ciudades más grandes de Tejas. Una de ellas se trasladó a Woods Lane durante un huracán y desplazaron todos los volúmenes que contenía a una antigua cementera cuyo almacén rectangular y de techos altísimos, se encontraba vacío por no tener cemento que custodiar. La crisis que los bancos regalaron al mundo a comienzos del siglo XXI dejó la construcción parada y la agricultura se alzó de nuevo como reclamo para recuperar unos ingresos perdidos por unas manos avariciosas sobre otras mucho más egoístas. Pero nadie recordó que el mismísimo infierno se hallaba ubicado en aquellos terrenos.

El campo también dejó de ser algo que los hombres pudieran manejar. Y así, ni cultivos, ni ahorros, ni esperanza podían encontrar allí. Pero la nueva biblioteca de Woods Lane mitigaba la angustia de sus habitantes gracias a las tertulias que, desde su inauguración, Dorothy celebraba quincenalmente. Aunque su educación era escasa y nunca llegó a finalizar los estudios primarios, sabía leer y descubrió en el mundo de los libros un refugio donde aprender aquello que las cuatro paredes de su casa no le habían enseñado. Ahora, con su muerte, el pueblo perdió la válvula de escape a los problemas que sus vecinos soportaban cada vez que salía el sol y se reía de todos ellos.

Veintisiete de agosto, día de funerales, lágrimas, golpecitos en el hombro y huidas a medio sermón. La iglesia de St. Marie se encontraba al este de Court

Square, justo en el centro del pueblo. Era una parroquia pequeña, con una capacidad máxima de doscientas personas y, ese día, milagrosamente, se llenó al completo. El sepelio estaba programado para las doce de la mañana. Sin embargo, el reverendo Cleverance debía encontrarse allí, al menos, un par de horas antes. Comprobar los hábitos, vajilla para la comunión y demás útiles era motivo suficiente para acudir a la casa del Señor con anterioridad a la celebración del evento en cuestión. Sin embargo, alguien le estaba esperando. Sobre las diez y cuarto de la mañana, el reverendo Cleverance abrió la puerta lateral de la parroquia que llevaba directamente a la sacristía.

El reverendo vivía en una pequeña casa unifamiliar, de una planta, a las afueras de Woods Lane. Antes de estallar la estafa de las hipotecas basura y cubrir de estiércol no solo Estados Unidos, el reverendo agarró todos sus ahorros y algún pellizco de las arcas de la iglesia para comprar aquella casita cerca del riachuelo de Wakenee, antiguo sendero fluvial que utilizaban los indios Caddo cuando Méjico no era más que una prolongación de sus terrenos y nueve tribus campaban a sus anchas por esas tierras. Cuando el reverendo pagó su casa al contado, los pueblos indígenas del estado se reducían a tres: el alabama-coushatta, el kickapoo y el pueblo de Ysleta Del Sur. Y aun le sobró dinero para adquirir una pequeña furgoneta de color verde, de esas que utilizaban los transportistas para llevar mercancía, trabajadores e incluso animales al matadero. La urbanización que contenía la residencia del reverendo se encontraba al otro lado de la estatal 287, que dividía el pueblo en dos. Desde que se mudó allí, el reverendo ejecutaba como un soldado durante la instrucción, un ritual exacto y medido al milímetro. Se levantaba a las seis y veinticinco de la mañana, una melodía suave y alegre le despertaba, pero nunca duraba más de tres minutos. A las seis y veintiocho, la luz de la cocina hacía pensar que se encontraba desayunando y siempre, siempre, se apagaba pasados doce minutos. Así, a las seis y cuarenta la luz de la habitación dejaba de lucir, manteniendo la casa a oscuras para, cinco minutos después, iluminarse el recibidor y el porche, a la vez. A las seis cuarenta y cinco, abría la puerta principal de par en par, volvía a entrar, apagaba la luz del salón y regresaba al porche. Esta operación nunca sobrepasaba los diez minutos. A las seis y cincuenta y cinco se dirigía a su furgoneta y, a las siete en punto, la luz del porche dejaba de recibir energía automáticamente. En ese mismo momento, como los engranajes de un reloj suizo al girar, casi sin ruido ni rozamiento, pero con gran armonía, el vehículo abandonaba el lugar.

—Hola, padre... —dijo una voz ronca a su espalda.

El reverendo detuvo el movimiento de la llave que, segundos antes, había sacado de su bolsillo derecho junto al resto del manojo donde colgaban las demás. Cleverance era un tipo obsesivo y organizado pero el único resquicio de caos que residía en su vida se encontraba en aquel racimo de palitos de hierros aplastados y llenos de dientes, como mandíbulas de monstruos que cuelgan de un anzuelo circular. Ni siquiera él sabía qué cerradura casaba con la mayoría de las llaves. Pero de la que abría la puerta de la sacristía que tenía justo delante y otra más, siempre se acordaría.

—¿Qué haces aquí? —Respondió sin mirar atrás— ¡Estás loco! Hoy es el funeral de Dorothy y esto va a llenarse de feligreses en un santiamén.

—Por eso mismo, padre... ¿qué mejor día para recordárselo? —El reverendo giró la llave y abrió la puerta, pero no entró. Dio media vuelta, agachó diez grados la cabeza y le miró con odio.

—No me olvido, hijo del mismísimo diablo, pero ahora no puedo dártelo. Lo que sí puedo ofrecerte son diez cochinos dólares para que te largues de aquí.

—Tenemos un trato.

—Necesito más tiempo, ¡maldita sea!

Vecinos de Woods Lane comenzaban a llegar al jardín de la iglesia y el reverendo a ponerse nervioso.

—Una semana más, Reverendo... y me llevo el cuaderno de una vez, ¿entendido?

El tipo recogió el dinero arrugado sin esperar una respuesta afirmativa de boca del párroco y se lo guardó en el bolsillo. La comisura de los labios situada a la izquierda de su gran nariz rojiza se elevó unos milímetros, casi impredecibles, en un intento de mostrar cierta satisfacción, aunque, el reverendo, no se dio cuenta. Con esa pequeña fortuna, decidió volver más tarde y gastarlo en algún bar de Woods Lane donde sirvieran cerveza fría y un sándwich barato.

El reverendo suspiró mientras le veía alejarse. Su mano derecha repasó el extenso pelo blanco que cubría su redonda cabeza y apretó las gafas contra su escasa nariz, marcando la piel pálida con una raya roja que unía sus grandes ojos azules.

Faltaban quince minutos para las doce de la mañana de un veintisiete de agosto infernal. El hombre del tiempo había predicho aquella mañana que los termómetros alcanzarían los cuarenta y dos grados con facilidad. Delante de la

portada de la iglesia de Saint Marie, pisando el jardín sin misericordia alguna, los vecinos, conocidos y familiares de Dorothy Samuels se concentraban formando una nube negra de cucarachas que cuchicheaban y criticaban al de al lado sin importarles ni el lugar ni el momento en el que se hallaban.

El reverendo Cleverance rezaba sus últimas oraciones delante del espejo que reinaba en la sacristía. La sotana negra, en señal de duelo por el alma de Dorothy, brillaba bajo la luz natural del sol abrasador que atravesaba un gran ventanal situado en el techo abovedado. Las paredes de aquel apéndice mantenían el frío en su interior, gracias a unos gruesos muros de ladrillo y piedra. Al colocarse el cuello morado, su mirada se entretuvo en el pequeño mueble victoriano situado a la derecha del espejo: un pequeño escritorio, de unos cincuenta centímetros de altura por setenta de anchura, con seis cajones colocados en filas de dos y repartidos desde un extremo del tablero al otro. La exquisita marquetería que adornaba los bordes del mueble junto con la madera de nogal brillante le confería un aura solemne y misteriosa. Motivos florales y grandes filigranas cubrían todo el mueble ofreciendo la ilusión de querer enraizarse en la pared.

El reverendo se acercó hasta él, acarició la suave superficie barnizada y se detuvo en el cajón central. Un haz de luz iluminaba su dedo índice hasta que apretó un símbolo dibujado en el frontal y una pequeña plataforma oculta en el tablero se desplazó hacia atrás. El reverendo miró al interior y sonrió al ver un pequeño libro oscuro con una cuerda que lo abrazaba con fuerza. Después, volvió a accionar la cerradura y la plataforma se cerró, mostrando una flor blanca y hermosa.

—Lectura del santo Evangelio según san Mateo, en el nombre del Padre...

Todos los miembros de la comunidad de Woods Lane guardaron silencio.

—En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: "El Reino de los cielos es semejante a diez jóvenes, que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo..."

El Sheriff sin nombre, Linda, vecinos de Dorothy, amigos y algún niño que otro sin un lugar mejor donde pasar la mañana se encontraban repartidos por todos los bancos de la iglesia. George y Karen decidieron permanecer en la parte de atrás.

—“Cinco de ellas eran descuidadas y cinco, previsoras. Las descuidadas llevaron sus lámparas, pero no llevaron aceite para llenarlas de nuevo. Las previsoras llevaron cada una un frasco de aceite junto con una lámpara. Como el esposo tardaba, les entró sueño y se durmieron. A medianoche se escuchó

un grito..."

El reverendo Cleverance ofrecía el sermón a sus feligreses como un vaso de agua fría se brinda a un sediento. Aunque algunas personas que miraban el ataúd de Dorothy con grandes lamentaciones en el alma deseaban algo más terrenal, por ejemplo, una respuesta.

— “¡Ya viene el esposo! ¡Salgan a su encuentro!” Se levantaron entonces todas aquellas jóvenes y prepararon sus lámparas. Al ver las descuidadas que no tenían aceite, les dijeron a las previsoras: “Denos un poco del suyo, porque nuestras lámparas se están apagando.”

El calor que emanaban los feligreses junto a los cirios encendidos, que el reverendo se empeñó en prender, consumían el poco oxígeno que se concentraba en lo alto de la iglesia, haciendo del aire un gas irrespirable.

— Y las previsoras les contestaron: “No, porque no alcanzará para todas. Haberlo comprado en su momento”. Mientras aquéllas se lamentaban, llegó el esposo, y las que estaban listas entraron con él al banquete de bodas, cerrando la puerta. Las otras jóvenes, entre sollozos y llantos, se plegaron implorando misericordia: “Señor, por favor, ábrenos”.

Un segundo de silencio y la puerta de la iglesia de Saint Marie se abrió con un gran escándalo, emitiendo un chirrido amplificado por el eco de la nave central que ahogó la voz del reverendo. Un rayo de sol iluminaba la figura de Cristo crucificado, situado bajo la bóveda del ábside, cuando los feligreses giraron la cabeza y una brisa de aire frío penetró, helando los corazones de aquellos que miraban con espanto a quien acababa de interrumpir el sepelio.

Mel se acercó, tambaleándose y se encargó de finalizar el sermón que el reverendo estaba ofreciendo como si hubiera estado presente durante toda la ceremonia. De pie, en medio de la nave central, elevó los brazos y gritó: "Pero él les respondió: ¡Yo les aseguro que no las conozco!"—Se arrodilló y continuó— "¡Por eso, estar preparados, porque no sabéis cuándo ocurrirá, cuando será vuestro fin y os quedaréis a las puertas de la gloria... no sabréis ni el día ni la hora en la que vuestra sucia alma clamará ante las puertas del infierno!".

Y se desplomó contra el suelo.

CAPÍTULO CINCO

Una habitación luminosa

Hospital Ground Tell Memorial, a dieciocho millas de Woods Lane, Tejas
- 30 de agosto, año 2016

Una carretera de tierra batida sobre asfalto abrazado por las arenas del desierto unía la pequeña comunidad de Woods Lane con el hospital más cercano, allá donde nadie quería ir. Un edificio singular se alzaba en la plaza del aserradero de Wichita Falls, construido en tiempos donde los árboles regalaban a la tierra la posibilidad de ver la hierba crecer. Ahora el viento azotaba las paredes pálidas del sanatorio. Contaba con unas doscientas camas repartidas en cuatro plantas. El bloque de hormigón que reinaba en aquella comunidad poco más grande que Woods Lane soportaba un tejado plano con una cruz colorada sobre él, una señal evidente para los vecinos que desearan solucionar sus problemas de salud.

Allí fue trasladado Jimmy el mismo día que le agredieron en la oficina del Sheriff. Y también Mel, cuando su cuerpo, grande como una mula, cayó sobre la nave central de Saint Marie durante el funeral de Dorothy. Los afligidos vecinos de la señora Samuels recordarían por siempre aquel sepelio, interrumpido por el estruendo de ese tipo al quebrar la quietud que acaricia la muerte en el interior de la iglesia, y cómo los técnicos sanitarios se lo llevaron de una forma estrepitosa, tropezando con los bancos de la iglesia y el portón de la entrada. Algunos vecinos cercanos a las puertas del santo lugar se llevaron las manos a la boca en más de una ocasión al ver cómo el cuerpo de Mel desafiaba las leyes de la física.

El rostro del reverendo Cleverance lució a los asistentes de las primeras filas toda la variedad de la paleta de colores que el ser humano es capaz de mostrar. Segundos después de recuperar el sosiego que tanto anheló y sólo encontrándose él y sus feligreses junto al ataúd que contenía el cuerpo sin vida de Dorothy, pudo continuar el sepelio. Veinte minutos después, los miembros de la comunidad abandonaban entre susurros, vagos lamentos y alguna extraña risita sin sentido, la iglesia de Saint Marie. El reverendo acompañó el ataúd con el rostro anclado en el suelo, la barbilla rozando su cuello y las manos apretando contra el pecho una pequeña Biblia de tapa blanda. Seis vecinos elegidos transportaron el féretro hasta la fosa que se abrió doscientos metros

más al norte, en el antiguo cementerio que protegía la iglesia. La decisión de enterrarla allí y no en el nuevo camposanto construido sólo cinco años atrás y situado a las afueras de Woods Lane, fue exclusivamente decisión del reverendo.

Frente al ataúd donde descansaba el cuerpo acuchillado de Dorothy Samuels, el reverendo Cleverance pronunció las últimas oraciones. El sol calentaba los sombreros y vestidos negros de los vecinos que lloraban amargamente la pérdida de aquella buena mujer, hasta que el ruido metálico de las cadenas y rodamientos depositaron en el interior de la fosa el ataúd, rompiendo su llanto y el cantar de los sinsontes que habitaban las copas de los árboles alejados unos metros, creando un ambiente siniestro y frío. Con el crujir del mármol sobre mármol se zanjó el asunto del entierro de Dorothy Samuels en el viejo cementerio de Woods Lane, fallecida el veinticinco de agosto de dos mil dieciséis... en extrañas circunstancias.

Mel había sufrido un colapso generalizado. O algo parecido le dijeron a Karen por teléfono aquel tórrido martes. Finalizó la conversación con el funcionario de turno, sintiendo la oreja empapada y pegajosa. La pantalla del móvil mostraba goterones plateados que brillaban bajo los rayos del sol. Alzó la vista y miró al cielo utilizando su mano a modo de visera. Al devolver el brazo a su posición natural sintió un frescor bajo la axila que, aunque resultase placentero, no anunciaba nada bueno.

—¡Joder que calor, por Dios Bendito! —Dijo su compañero al abandonar la oficina del Sheriff y sentir el fuego en su sien.

—Hola George... ¿tienes el informe? —Le preguntó con un suspiro.

—Aquí está.

Ambos entraron en el vehículo oficial dejando la carpeta marrón que contenía las pistas necesarias para resolver el crimen de Dorothy en el asiento trasero, a la vez que bajaban la ventanilla al máximo. Gracias al movimiento del coche, la brisa que entraba por las ventanillas les despertó del letargo provocado por los cuarenta grados que caían, uno a uno, como puñales sobre Woods Lane. Karen aprovechó para reproducir la conversación con el funcionario del hospital respecto al estado de Mel.

Durante el trayecto, George se puso al corriente de los últimos datos sobre la salud de aquel individuo cuando Karen le preguntó algo inesperado.

—¿Qué tal con Linda?

Él tragó saliva y sintió un picor insoportable bajo la barbilla. En ese instante ni el frescor que acariciaba su pelo ni los pocos árboles que divisaba en el paisaje le hicieron sentir mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, George... te vi como coqueteabas con ella en el Cherri's... o ¿me lo vas a negar?

—Fue ella la que se sentó en la mesa cuando saliste... yo sólo quise ser amable.

La conversación se detuvo bruscamente en un cruce cuando una furgoneta verde se saltó una señal de STOP, colisionando con el vehículo de los agentes, el cual recibió un golpe tan fuerte que el coche se clavó en el asfalto rebajando la presión del aire de las ruedas. El cinturón de seguridad de George no reaccionó con la rapidez que debiera y este se precipitó contra el salpicadero gritando y asustando aún más a su acompañante. Karen dudó un segundo entre atenderle o salir del coche y acribillar a balazos al conductor de la furgoneta. Actuó rápido, le preguntó cómo se encontraba, él contestó que bien y ella salió disparada hacia el otro vehículo agarrando el revolver con su mano derecha y apuntando al habitáculo del conductor temerario.

—¡Baje del coche maldito hijo de puta!

Cuatro grillos cantaban ajenos al accidente que acababa de ocurrir frente a ellos. El viento detuvo su caminar por los campos de Woods Lane dejando las espigas de trigo rectas y amenazantes. El motor que rugía en el interior de la furgoneta verde se caló sobre el asfalto, dejando un rastro de arena tras de sí y el silencio reinó bajo un calor sofocante. Karen respiraba profundamente. Sus fosas nasales recalentadas introducían un aire irrespirable en sus pulmones. Su pecho se expandía bajo su camisa azul claro amenazado reventar los botones mientras la tensión arterial aumentaba considerablemente y el sudor empapaba las axilas.

—¡He dicho que baje del coche!

Tres grillos continuaban cantando. Una suave brisa decidió recorrer Woods Lane, acariciando el flequillo de Karen empapado. George abrió la puerta con la mano derecha mientras la izquierda sostenía sobre su frente un sucio pañuelo encontrado bajo el asiento del coche. Sus párpados casi cerrados miraban la escena con estupor.

Karen alcanzó el portón derecho de la furgoneta. Una intensa humareda comenzó a salir del motor cuando ella la abrió y guardó silencio. George comenzó a asustarse: el humo, el calor, Karen al lado de la furgoneta. Y un

tremendo olor a gasoil que provenía de algún lugar alrededor. Karen metió la cabeza en la cabina de la furgoneta para cerciorarse que se encontraba vacía y observar su contenido: recortes de periódico, sobras de comida rápida y alguna lata de cerveza. George prestaba atención al lateral de aquella furgoneta y sintió un escalofrío. Sobre la puerta, volvió a ver el símbolo que acertó a situar en la oficina del Sheriff, cuando Jimmy fue atacado. Sin embargo, una imagen más grave desvió su mirada al suelo. Entonces sus pulsaciones aumentaron y su respiración entrecortada se aceleró.

—¡Karen, sal de ahí!

Un charco verdoso se expandía cada vez más desde los bajos de la furgoneta, apareciendo como un mal presagio. Karen miraba en el pequeño espacio que dejaban los asientos y la pared de la furgoneta cuando escuchó gritar a George. Se asomó y tan sólo acertó a observar sus brazos moviéndose rápidamente, haciendo aspavientos como un espantapájaros zarandeado por un huracán hasta que un olor insoportable la invadió.

—Vámonos, joder... ¡vámonos!

Karen reaccionó corriendo hacia George y él se situó en paralelo, abandonando el coche oficial a la carrera cuando ella paró y regresó al vehículo, abrió la puerta, agarró el informe y volvió a correr tras su compañero. Este la adelantaba varios metros cuando dio media vuelta y se quedó petrificado observando la furgoneta. De repente, una explosión invadió toda la escena. Los grillos dejaron de cantar y el viento se entretuvo moviendo las llamas de un lado al otro. George perdió el conocimiento a la vez que Karen agarraba su móvil con torpeza, observando con resignación como los folios contenidos en la carpeta volaban hacia el cielo, perdiéndose en los campos de Woods Lane.

Dos horas después, George despertaba en una cama del Ground Tell Memorial Hospital. Karen, sentada en una incómoda silla, con vendas en los brazos y las rodillas, mostraba una herida en la frente mientras miraba con cierto sentimiento fraternal a su compañero.

Los párpados le pesaban una tonelada. La espalda crujía tan sólo con el pensamiento de hacerlo y las piernas le temblaban sin razón aparente. Ante él, una enfermera redonda como la rueda de un tractor le miraba con cara de pocos amigos.

—¿Cómo se encuentra?

George intentó emitir alguna palabra que pudiera entender aquella mujer

embutida en un batín blanco y pantalones del mismo color. Pero no tuvo éxito.

—Oiga amigo, ¿me oye? ¿Cómo se encuentra?

—Señora, ¿podría hablarle con delicadeza? Acaba de...

La enfermera giró lentamente su enorme cabeza sobre su grueso cuello noventa grados. Sus pupilas se esforzaban por detener la dilatación al tiempo que las paredes de su nariz se expandían, aspirando una gran cantidad de aire. Un paso, dos más y se situó a escasos centímetros de Karen, que viendo como aquella mujer había cambiado el rostro ante su petición, decidió ponerse en pie.

—Oye guapita, llevo más de treinta y seis horas despierta, he atendido a tres borrachos apaleados por la policía, un violador pillado in fraganti, un negro con la cabeza reventada en un accidente de coche y tres críos que se quedaron encerrados en un ascensor al salir de su apartamento. En esta planta tenemos sólo dos auxiliares más y no hay doctores suficientes para atender a los más de cien pacientes que se hacinan en las habitaciones y pasillos. No recuerdo la última vez que me tomé un puñetero café así que déjame hacer mi trabajo como se me antoje, ¿de acuerdo? Dile a tu amiguito que rellene esto cuando se le pase la jaqueca y me lo entregas en el puesto de control.

Y se marchó de la habitación, dejando caer un formulario vacío sobre los pies de George.

—Madre mía con la señora, ¿eh? —Confesó con carraspeos en la garganta.

Karen permaneció en silencio mirando la espalda de la mujer abandonando la sala. Una mano cogió el formulario.

—Parece que quiere esto relleno... voy a por un café.

George cogió el papel y se incorporó. Lo leyó y buscó un bolígrafo para comenzar a responder cada pregunta. Karen abandonó la habitación con una sensación de cargar con una mochila llena de piedras. Cada paso que daba sentía hundirse en el suelo hasta que una puerta al final del pasillo la hizo detenerse. Permaneció inmóvil varios segundos observando aquella habitación de cuyo interior emanaba una luz blanquecina muy fuerte cuando se asustó. Su cuerpo brincó varios hacia atrás y fue consciente del origen del sobresalto.

—¡Henrik! Joder que susto me has dado.

—Perdone, señorita Williams... pensé que me había visto.

—No te preocupes. Estaba embobada mirando aquella puerta... ¿vienes de la oficina del Sheriff?

—Sí, señorita. Vengo para hacer el relevo.

—¿Relevo?

—En aquella habitación están ingresados Jimmy Evans y Mel Gibson. Los compañeros que les custodian necesitarán descansar.

—Gibson, ¿el actor?

Henrik sonrió. Era un tipo grande y patoso cuyo corazón era de tamaño proporcional a su abdomen.

—No, señorita... Mel Gibson es quien perdió el conocimiento en la iglesia de Saint Marie, durante el funeral de Dorothy Samuels, ¿recuerda?

—¡Ah! Si... si, perdóname.

Un ruido metálico detuvo la conversación con violencia. Henrik y Karen dirigieron sus miradas a la habitación cuyo interior emanaba esa luz tan extraña. Entonces Karen cayó en la cuenta de que ningún compañero estaba a los lados de la entrada vigilando el interior.

—Dios mío...

Corrieron como si les persiguiera una manada de búfalos rabiosos y, cuando abrieron la puerta de la habitación de par en par, Henrik se llevó las manos a la cabeza y Karen desenfundó su arma.

Jimmy se tapa los oídos.

—Eres el tonto del lugar, Jimmy... nadie te quiere y tú lo sabes, eres la desdicha de tu familia, la vergüenza del pueblo. Los críos se burlan de ti cada vez que te atreves a pisar la calle. La señora Palmer no quiere venderte pasteles de carne porque pones pringando el suelo de la tienda y el señor Strickland ya no te fía ni para el periódico de tu tía... ¡eres un puto desastre!

Jimmy llora, se lamenta y se golpea la frente con los puños. No quiere escuchar esas voces que le gritan y cree que el dolor que le producen sus propios nudillos sobre la sien, aplacará el que le provocan esas palabras tan feas. “Son malos” repite a cada golpe “No les creo, la gente me quiere... me dan caramelos y me regalan revistas, revistas de coches y de juguetes”.

—Eres un estorbo, Jimmy... no vales ni siquiera para que tu tía reciba una pensión de invalidez y mientras ¿qué haces? ¡Mírate! Tan sólo te golpeas, te escupes y babeas como un crío... ¡Espabila! ¿A qué esperas para morirte de una vez?

Jimmy se encoge sobre su cama, adopta una posición fetal que le regala unos segundos de protección antes de recibir el primer golpe. Luego viene otro más y después un tercero. Y cuarto. Jimmy se cae de su cama cuando un

pie desnudo le pisa las costillas y Jimmy se retuerce de dolor sin entender que está pasando. No sabe porque recibe esa paliza: lleva sin tocarse una semana entera, ya no ve las revistas marcadas con la "H" del Señor H e, incluso, ha logrado aprenderse todas las oraciones que tenía pendientes. Y, sin embargo, Jimmy no grita a pesar de cada golpe. Algo se lo impide.

—Idiota... ¡haznos un favor a todo el pueblo y tírate por la ventana! suicídate o mejor, que te saquen los intestinos como hizo el viejo con la puta de tu tía.

Jimmy detiene su respiración. Desde el suelo, mira la lámpara que ha caído sobre la bolsa de plástico que contiene su ropa. No ha producido ningún ruido. Ha dejado de llorar y repite mentalmente la palabra prohibida. A su tía no, nadie le dice eso a su tía Dorothy. Cuatro dagas que se clavan en su corazón y hacen cada agujero más grande. La vuelve a escuchar una y otra vez, recordando el camino que le obliga a cruzar el Señor H cada vez que él dice una de las palabras prohibidas y la oscuridad se cierne sobre su consciencia, surgiendo un calor infernal de lo más profundo de su pecho. Pero esta vez no es él quien las pronuncia. Y a si tía eso no se lo llama nadie. Sus puños se cierran sobre la palma de la mano, sus piernas se expanden, se pone en pie y arquea las cejas. Las voces se han detenido.

—Pero ¿qué haces, imbécil?

Jimmy no puede contener la furia que se ha liberado en el interior de su cuerpo. La última frase que sale de aquel individuo le empuja a enganchar con sus manos un vaso de vidrio que no duda en romper sobre el canto de la mesita situada a su lado. La lámpara en el suelo apunta hacia la entrada de la habitación y los miles de cristales brillan en el aire mientras caen al suelo a una extrema lentitud. Una, dos, tres y hasta siete veces. Jimmy siente placer. Una más, sólo una más. Eleva el brazo cuya mano aprieta con fuerza el vidrio resquebrajado. La sangre de su propia extremidad abierta recorre el brazo y siente una erección que le perturba durante unos segundos. Tiempo suficiente para escuchar una voz que le grita desde el umbral de la puerta.

—¡Las manos en alto y no te muevas!

CAPÍTULO SEIS

La historia pendiente

Hospital Ground Tell Memorial, dieciocho millas lejos de Woods Lane, Tejas - 30 de agosto, año 2016

Jimmy fue trasladado a la Unidad de Psiquiatría del Ground Tell Memorial Hospital. Una vez estable en su habitación, Karen regresó con Henrik, que descansaba sobre un sofá situado en la salita de espera próxima a la habitación donde se habían producido los hechos. Al entrar, le encontró con la cabeza oculta entre sus brazos y se sentó a su lado. El brazo de Karen intentó abarcar la enorme espalda del compañero afligido por el espectáculo que acababa de presenciar. La imagen de Jimmy apuñalando repetidas veces el cuerpo de Mel sobre la cama junto a enormes charcos y salpicaduras de sangre repartidos por el suelo, se repetía en su mente.

—¡Cielos Santo, Karen, pobre chico!

—¿Qué ha podido ocurrir, Henrik? Tú le conoces desde que era un crío... ¿verdad?

Henrik sintió el tiempo detenerse. El silencio les cubrió, aislándoles del mundo real hasta que él reunió las fuerzas suficientes para continuar hablando con la mirada perdida en algún punto de la pared.

—Todo se torció el verano de 1984. Jimmy y los chicos jugábamos a la pelota frente a la tapia de los Hallister hasta que se rompió la ventana del palomar. El viejo Al, salió detrás de nosotros con un rifle en la mano, escupiendo por su boca decenas de improperios. Gritaba y se paraba. Volvía a gritar y volvía a correr de nuevo, hasta que comenzó a disparar al aire. Nos refugiarnos donde pudimos al escuchar los disparos, pero, en uno de esos, el arma apuntó al horizonte y acertó en una rama que golpeó a Jimmy —Henrik sintió sus ojos humedecerse y sacó un pañuelo de papel para secarlos—. Hasta ese mismo instante, era un niño alegre, simpático e inteligente, aunque un poco travieso.

—¿Que ocurrió después?

—Nunca regresó. El chaval que conocíamos todos se perdió en algún punto de su mente y tan sólo quedó a la vista un niño tímido y retraído, temeroso incluso de la brisa que acaricia el campo durante las noches de verano. Su tía no lo llevó nada bien. Estaba acostumbrada a las

preocupaciones normales de un crío, no a lo que vino después. Antes de aquel suceso, Jimmy entraba y salía de la casa de los Samuels cuando le daba la gana. Acudía al lago Walking Road cuando le apetecía e incluso robó una caña para ir a pescar. Su tío John ya no hacía carrera de él y eso que contaba con sólo siete años... estaba hecho un trasto. Pero cuando la rama del árbol le cayó en la cabeza, todo cambió.

—¿Qué pasó con el viejo Hallister?

—Bueno... dicen que John, al ver que su Jimmy había desaparecido y lo habían cambiado por "un saco de heno", cómo siempre decía, le hizo una visita. Cuentan que se citaron a la orilla del lago, el mismo donde el niño estaba aprendiendo a pescar y que sólo uno de ellos volvió de aquel lugar. John, por supuesto, siempre mantuvo que dejó al viejo Hallister mirando las aguas con el rostro afligido. Pero nunca más volvieron a saber de él.

—¿Y Dorothy?

—Dorothy entró en una depresión tremenda. Su cuerpo y su ánimo se fueron degradando con los años hasta llegar a un punto en el cual ya no respondía: no hablaba, no comía, se hacía sus necesidades encima y nadie la limpiaba porque ni su hermana ni el marido de esta, John, tenían el valor suficiente para cuidar de ella o las ganas... vaya usted a saber. El accidente de Jimmy sumió a la pobre mujer en un profundo dolor que solo el reverendo Cleverance supo aliviar.

Henrik se puso en pie y ofreció la mano a Karen para que le acompañase.

—Cómo ya sabe, Dorothy tenía dos hermanas más, Ángela y Sofía. La última murió a los pocos años de nacer y tanto ella como Ángela, permanecería en la casa familiar con sus padres: Hunter y Acelynn. El padre de las chicas era un tipo conservador y radical, creyente en la supremacía blanca y esas barbaridades que llevaron a este país a la guerra... incluso se rumoreaba que, durante su juventud, formó parte el Kukuxklán, quemando negros en hogueras y colgándolos de los árboles. Dese cuenta que hablamos de los años cuarenta. Y así pasó.

—¿Qué quieres decir?

Henrik frotaba sus grandes manos contra su rostro desencajado caminando hacia las máquinas de bebida caliente y sándwiches.

—Hunter se casó con Acelynn en el año 1953, una cría de tan sólo dieciocho años a la cual maltrató hasta la muerte. El odio racial rebosaba por los poros de su piel. Escupía siempre que tenía ocasión sobre las fotografías de Martin Luther King y Malcom X. Él tenía treinta y dos años y decenas de

hojas llenas de delitos menores y una violación. Pero nada le detuvo y transformó la casa en su propio campo de concentración, estableciendo reglas muy severas. Creo que ya conoce la condición impuesta a las chicas para recibir la herencia ¿verdad? Todo el pueblo habló de ello cuando el rumor corrió por las calles de Woods Lane como una serpiente asustada... Pero la vida es como es y no se puede luchar contra los sentimientos. Ángela conoció a John durante el baile del instituto y se quedó embarazada de Jimmy esa misma noche. Ella intentó, por todos los medios razonables, convencer a su padre para que le permitiese contraer matrimonio, pero ante su rotunda negativa, no tuvo más remedio que ocultar el embarazo simulando diversas enfermedades o vistiendo ropas cada vez más anchas. Cuando la naturaleza reclamó al crío, Ángela parió en medio de un pajar atendida por la señora Maier: la primera veterinaria de Woods Lane. El niño nació sano, pero sin futuro, hasta que la propia Ángela trazó un plan: confabularse con su hermana y simular entregarle el niño como si lo hubiera encontrado en la parroquia. De esta forma, le cuidaría y viviría con él, en la misma casa que su hermana Dorothy, aunque esta nunca pudiera comportarse como una madre. Finalmente, Ángela consiguió casarse con John en 1975.

—Entonces... ¿Hunter dio su brazo a torcer al saber de la existencia de Jimmy?

—No... Murió antes y su esposa falleció poco antes que él. En aquellos días, Ángela se veía con John a escondidas. Cuando Dorothy apareció con el pequeño Jimmy en sus brazos, el viejo Hunter quedó paralizado. Su mujer llevaría dos o tres años fallecida. El tipo siempre fue un inútil, no sabía ni freír un huevo, sirviéndose de Acelynn para todas las labores de la casa así que, criar a un bebé le pareció poco menos que una terrible maldición. Cuentan que, mirando al bebé en los brazos de su hija, susurró por última vez el nombre de Acelynn con algo de ternura. Debió perder el control por completo y, días después, se levantó la tapa de los sesos con su rifle, en el sótano de la casa.

—¿Por eso la entrada está tapiada? —Preguntó Karen con incredulidad.

—Dicen que el cadáver sigue allí abajo —Dijo suspirando y mirando al techo —Al poco tiempo, Ángela y John se casaron, alquilando una pequeña vivienda cerca de Woods Lane.

Ambos caminaron despacio hacia una sala que se encontraba al otro extremo de la planta, donde podrían servirse café en unas máquinas de cápsulas encastradas en la pared.

—¿Qué quieres? —Preguntó Karen.

—Un cortado, gracias. Cuando ocurrió el accidente de Jimmy, Dorothy enfermó. John y Ángela decidieron mudarse a la casa familiar para estar con ella, con el niño y encontrar una solución a su depresión. Aunque para su cuidado físico contrataron a un chico del sur que la limpiaba y aseaba con esmero, nada de lo que pusieron en práctica para solucionar su depresión funcionó. Dorothy no mejoraba y Jimmy cada vez se encontraba más ausente y apagado. Entonces, después de varios años desesperantes, apareció el reverendo Cleverance.

Karen y Henrik volvieron sobre sus pasos en dirección a la habitación de George.

—¿Consiguió algo?

—Eso parece.

—No lo dices muy convencido.

Henrik dudó, amasando su barbilla con la mano. Meditaba si continuar la narración una vez mostrada su particular manera de pensar o cambiar de tema.

—Nunca me gustó el reverendo —confesó con el rostro serio. En ese mismo instante, la mano derecha de Henrik se posó en el estómago de Karen deteniéndola de inmediato. Su café estuvo a punto de salpicar el suelo cuando le miró con recelo. Pero él lo hacía en otra dirección. Karen giró la cabeza y siguió el rastro que su compañero dibujaba con los ojos atravesando la ventana donde se encontraba George.

—¡Pero que cojones! —Exclamó soltando el vaso de café que cayó sobre sus pies empapando las botas. De inmediato, entró en la habitación.

La puerta golpeó con fuerza el armario situado a su derecha y Linda despegó sus labios de la boca de George a la vez que ambos miraban a Karen como un explorador observa a un león famélico y muerto de hambre frente a su presa.

—Pero... ¿qué haces?

—¿Dónde estabas? —Respondió George sorprendido.

Karen se aproximó a Linda y la miró con desprecio. Pero ella no se amedrentó y la plantó cara.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —Insistió.

—¿Y a ti que te importa?

—Largo.

—¿Cómo dices?

—¡He dicho que te vayas!

Henrik intervino agarrando a Karen del brazo y arrastrándola fuera de la habitación. En el pasillo la empujó con delicadeza hacia el interior de la misma habitación donde minutos antes le confesó la historia de los Samuels.

—¿Pero qué puñetas le pasa, señorita Karen? ¿Se puede saber a qué viene este espectáculo tan bochornoso?

—¡Oye! Has sido tú quien me ha parado frente al cristal para que viera como se besaban.

—¡Exacto! Pero yo sólo la he detenido para que no les interrumpiera, porque George es un hombre libre que puede besarse con quien quiera ¿verdad? así que, a menos que sienta algo más por su compañero o estén comenzando una relación... no entiendo a qué viene esto, señorita Karen.

—No me hables como si fueras mi padre, Henrik.

—Sabe que esa no es mi intención, pero la escena que ha protagonizado es harto vergonzante. ¿Son celos?

—No son celos.

—Pues parece que así lo fueran.

—Que no es... ¡déjalo! —Titubeó —No sé lo que me ha pasado, ya está.

Los casi dos metros de Henrik abrazaron a Karen engullendo la vergüenza que esta sentía. Segundos después, volvieron a la habitación de George. Pero Linda ya no se encontraba allí.

—Hola George. ¿Cómo estás?

—Bien... gracias.

—Henrik, ¿podrías entregar esto en el puesto de control, por favor? —Le rogó mostrando un formulario lleno de garabatos. Él lo cogió entre sus gruesos dedos, asintió y desapareció.

—Discúlpame por lo de antes — Dijo Karen con la mirada apuntando a sus pies.

—No te preocupes. Imagino que no te lo esperabas, eso es todo.

Sonrió.

—Están siendo unos días muy duros, George... y no sabes lo último.

—¿Qué ha pasado?

—Jimmy... algo le está ocurriendo.

—Eso desde luego, no está bien de la cabeza, pero ya lo sabíamos.

Karen se acercó a su compañero y le habló en voz baja.

—Ha matado a Mel clavándole un vaso de cristal roto, decenas de veces... la habitación parece un matadero y hemos evitado las salpicaduras porque se detuvo justo cuando le apunté con el arma.

—¡Que dices!

—Lo han trasladado a psiquiatría —Dijo levantándose y mirando por la ventana.

El patio del hospital era un hervidero de pacientes y camillas correteando de un extremo al otro, en una orgía de movimientos rápidos y sincronizados

—Algo extraño está pasando, George —Afirmó amasando la sien con sus dedos —Primero hallamos el cuerpo de Dorothy apuñalado en la cocina de su casa, ese mismo día Jimmy aparece en el bosque de Bloods Spring cubierto de sangre, con el arma homicida a escasos dos metros de él... después Mel entra en la comisaría desquiciado y alguien ataca a Jimmy dejándole con las cuerdas vocales reventadas, sin habla...

—Y no te olvides de la furgoneta verde.

—¿Cómo?

—La furgoneta verde por la que estamos aquí, el accidente, la explosión... ¿recuerdas? Estoy seguro de que es la misma que vi en el aparcamiento de la oficina del Sheriff cuando perseguí a lo que fuera que esperaba detrás del espejo, en la sala de interrogatorios.

Karen clavó su mirada en las magulladuras que George presentaba en su rostro. Su pecho semi desnudo presentaba tan sólo algún rasguño. Él le devolvió la mirada en el mismo lugar.

—Mel aparece en la iglesia, se desploma, luego Jimmy lo asesina de una forma que jamás hubiera imaginado... Y las historias de Henrik...

—¿Qué te ha contado?

—Detalles interesantes sobre la familia que desconocía y algo del sótano de aquella casa.

—Está tapiado, si mal no recuerdo.

—Exacto. Y ya sé por qué.

—¿A sí? —Preguntó George incorporándose y bajando las piernas hacia el suelo. Llevaba un batín azulado que se cerraba por detrás y, al comenzar a caminar hacia el baño, dejó entrever las nalgas prietas y erguidas que sus piernas soportaban. Karen decidió guardar silencio sin dejar de mirar cómo se alejaba unos metros hasta el baño de la habitación. George sonrió.

CAPÍTULO SIETE

Adolescencia perdida

Unidad de Psiquiatría del Hospital Ground Tell Memorial (Wichita Falls),
a dieciocho millas de Woods Lane, Tejas - 30 de agosto, año 2016

Jimmy mira al norte. O al sur, no sabe, aunque siempre quiso mirar al norte. ¿O era al noroeste? No recuerda. Siente cosas extrañas en su interior y no sabe qué camino tomar. ¿Dónde está? ¡Ah! Sí. Una habitación. Blanca. Muy blanca y suave. Las paredes son blanditas. ¡Qué gracia! Sí, siente con la piel de su frente aún manchada de sangre que las paredes parecen colchones que alguien dejó apoyándose sobre ellas. Que buena gente la de ahí fuera, le cuidan y no quieren que se haga daño, golpeándose contra el muro. Pero... un momento. ¿Qué es esto? No puede moverse, le cuesta sacar los brazos hacia adelante porque los tiene atados. Están encerrados bajo una tela y... ¡Oh, Dios! Hay muchas correas aquí abajo... herrajes, cadenas, cuerdas y cerrojos. Es como vivir dentro de un baúl o de una caja de transporte llena de clavos. Jimmy mira al frente. Ve una puerta e intenta ir hacia allí, pero una cadena, muy grande y pesada, le tira desde la espalda hacia atrás, cada vez que quiere correr hacia la salida. No le importan los brazos, necesita las piernas. Quiere salir. Quiere huir de allí. Es una habitación blanca, luminosa y de paredes blanditas “pero ¡qué hago aquí!” Dice... y algo se rompe en su cerebro y se conecta en su mente... y le dice que ha crecido dos años más, o tres. Jimmy jadea. Habla en bajito y escucha su propia voz distorsionada... “¿Hola?” se pregunta. Y nadie responde porque no hay nadie más allí dentro. De pronto, los recuerdos que pululaban en el interior de su bóveda mental han desaparecido transformándose en leves sombras que revolotean en su interior, siluetas confusas de lugares y objetos familiares... ¿Qué es esa imagen de una casa que emerge de la copa de un árbol? ¿Y por qué no puedo ir al lago? ¿y ese tractor cochambroso?

Karen le miraba desde el otro lado del doble acristalamiento con red de seguridad integrada que formaba un ventanuco incrustado en la puerta de la habitación especial. En el fondo, sentía pena por aquel chico. Jimmy era conocido en todo el pueblo y, a diferencia de Mel, era querido. Mel representaba el icono de la decadencia sufrida durante el estallido de la fiebre

del ladrillo y formaba parte de los tipos que firmaron hipotecas imposibles cuando ganaban miles de dólares al mes y se lo gastaban en coches y prostitutas mientras su familia no veía ni un centavo. Y como muchos de ellos, cuando la burbuja reventó, no encontró más consuelo que el alcohol barato engullido sin cesar. Pero Jimmy no. Ese pobre chico había perdido su vida y su infancia por un accidente sin sentido. Ahora que Henrik le había contado la historia, la lástima se instaló en su corazón y no pudo evitar sentirla cada que veía al principal sospechoso del asesinato de Dorothy Samuels.

El director de planta apareció de la nada.

—Buenos días. ¿Usted es la agente Karen Williams, no es cierto?

—Así es, Doctor...

—Lawrence Schneider, Responsable de la Unidad de Psiquiatría del Hospital.

—Encantada —Susurró volviendo la vista a través del cristal. Sus ojos se quedaron fijos en los de Jimmy. Y Jimmy dejó de moverse compulsivamente para fijar su mirada en ella.

—El señor James Evans es un caso peculiar y peligroso. No hemos tenido tiempo de realizar un examen exhaustivo de su caso, pero, observando el lenguaje corporal, su dificultad en el habla y su bajo nivel psicomotriz, diría que... para que usted me entienda, sufre un retraso mental severo.

Karen miraba a Jimmy mientras el doctor hablaba. Y juraría que aquel hombre con mente de niño embutido en el interior de una camisa de fuerza había repetido la frase "retraso mental severo" muy bajito.

—¿Puede oírnos?

El doctor se extrañó.

—No debería.

—¿Cómo que "no debería"?

—Verá... independientemente de que el cristal por el que usted le está mirando tiene un grosor de veinte centímetros a prueba de balas, la luz del altavoz está... ¡vaya!

El facultativo se llevó las manos a la boca. Un led verde permanecía iluminado justo debajo del cuadrado enrejado de unos treinta centímetros de alto por otros treinta de ancho.

—¿Significa esto que el altavoz está encendido?

Preguntó Karen señalando la pequeña bombilla y mirando al doctor. En ese instante, Jimmy comenzó a zandararse hacia los lados, tensando la cadena que lo retenía hasta que un eslabón no pudo soportar los cien kilos que este se

empeñaba en lanzar contra el otro extremo de la habitación, rompiéndose y permitiendo que su cabeza golpease el cristal. Jimmy continuó arrojándose contra el cristal hasta que lo cubrió de una babilla roja. Ella gritó y Jimmy también. Al fin se detuvo y con la nariz aplastada en la ventana impregnada de sangre les dijo expulsando el aire desde su garganta maltrecha en un intento de forzar sus cuerdas vocales mal heridas:

—¡Sí! —Dijo alargando la "i" con exageración —He escuchado todo lo que habéis dicho, malditos cabrones... ¡sacarme de aquí!

El doctor corrió al punto de control y Karen hizo lo propio hacia el ascensor. Cerca de él, vio como cuatro hombres como gorilas, con un batín adherido a la piel corrían dando grandes zancadas hacia la habitación de Jimmy que seguía maldiciendo y golpeándose el cráneo contra el cristal. Ella escuchaba su nombre a lo lejos saliendo de la boca de aquel medio hombre medio niño... medio asesino. Sus dedos golpeaban con violencia la botonera del ascensor cuando se abrió, corrió al interior y tropezó con George que la detuvo con sus brazos.

—¿Qué te pasa? Acaban de darme el alta y venía a buscarte.

Karen permaneció inmóvil a dos centímetros de George y guardó silencio. Temblaba y el labio inferior vibraba sin cesar. Cuando llegaron a la planta baja tan sólo acertó a decir: “quiero irme a casa”.

CAPÍTULO OCHO

Lluvia de ideas

Apartamento de Karen Williams, Woods Lane, Tejas - 31 de agosto, año 2016, 03:05 A.M.

Y volvió a llover. Nadie en Woods Lane esperaba sentir aquellas frías gotas lanzadas desde el cielo tan pronto. No había pasado ni una semana desde la anterior tormenta de verano. A decir verdad, nadie en todo Tejas habría jurado que, aquella tórrida noche de agosto, una nube proveniente del mismísimo infierno cubriría el cielo nocturno de la ciudad y descargaría tanta furia. Años más tarde, los técnicos de los institutos meteorológicos tendrían serias dudas sobre la cantidad de metros cúbicos recogidos durante las horas en las que la nube reinó sobre Woods Lane. Pero a Karen le daba igual.

Aquella tranquila comunidad tampoco habría imaginado nunca que Jimmy, o como le llamaba el Doctor Lawrence Schneider “James Evans”, asesinaría a su tía Dorothy una mañana de agosto y, una semana después, a Mel: el pobre borracho del pueblo. Al igual que miles de gotas se precipitaron sobre el suelo con violencia, sin importar si aplastaban una hormiga o ahogaban a un armadillo despistado, así cayó la noticia del segundo crimen sobre cada uno de los estupefactos vecinos. La mayoría se santiguaba al enterarse y miraba al cielo lanzando plegarias larguísimas por el alma de Mel y por la salvación del ya condenado Jimmy. Y así como los truenos levantaron de sus camas a todos los dormidos en Woods Lane aquella noche de lluvia eterna, el suceso elevó los gritos de dolor de los vecinos hasta el mismísimo San Pedro. Pero para Karen, algo no encajaba en aquella historia.

Desde su ventana orientada al noroeste, contemplaba la lluvia caer sobre el asfalto, mientras los truenos y relámpagos iluminaban las calles desiertas del pueblo. Ni siquiera los gatos callejeros que solían maullar en los callejones cercanos emitían ruido alguno, aunque ella se encontraba en otro lugar. Concretamente seguía junto a Henrik, en el hospital, escuchando la cantidad ingente de datos que él le ofrecía al tiempo que Jimmy apuñalaba sin remordimientos a Mel sobre la cama de su habitación. Inquieta, giró sobre sí misma y acudió a la mesa situada en medio del salón, redonda y sólo ocupada por un cenicero, un portátil abierto que iluminaba la pared sur de la habitación y una copa de vino de California. Le encantaba. De hecho, antes de formar

parte del cuerpo de los Ranger meditó la posibilidad de dedicarse a la enología, vivir en las playas paradisíacas de la costa oeste, poseer un viñedo y llevarse a la cama a algún jovencito surfero de vez en cuando.

En el otro extremo de la ciudad, George también estaba despierto. Y no era el único. Bajo el grifo de la ducha de su habitación barata del Blue Diamond Motel, un pequeño complejo de apartamentos con aseo incorporado e higiene de dudosa existencia, su piel se mojaba al igual que el resto de Woods Lane, pero no bajo el mismo tipo de agua. La de George se encontraba milagrosamente templada. Las gotas resbalaban por sus brazos y su pecho, bajando y precipitándose hacia el infinito mientras su móvil reproducía “Blue Hotel” de Chris Isaak cuando alguien golpeó la puerta.

*“Hay un hotel triste en la carretera solitaria
un hotel triste donde la vida no funciona a mi manera
espero solo en cada noche desértica
hotel triste, hotel triste.”*

Hizo caso omiso al extraño ruido intentando centrarse en la canción hasta que volvió a escuchar la misma serie de golpes. Cerró el grifo. El agua cesó en su caída libre y tan sólo se escuchó el repiqueteo de otras gotas golpeando contra el cristal del ventanuco del baño.

*“En este hotel deprimente, todas las habitaciones están vacías
en el triste hotel he esperado solo
la noche y la vida de su sueño solitario.
triste hotel, triste hotel”*

Salió de la ducha y su silueta se reflejó en el espejo cubierto de vaho. Alcanzó una toalla y la anudó alrededor de la cintura para acudir hacia la puerta. Se acercó y abrió varios centímetros, asomó la cabeza y sonrió. El móvil continuó su reproducción y “Wicked Game” comenzó a escucharse por toda la habitación.

Al mismo tiempo, Karen encendió un cigarrillo saboreando, segundos después, el vino que su copa contenía. Bajo su extensa melena rubia revoloteaba el nombre del padre de Dorothy, Hunter Samuels, como portador del dato que necesitaba para darle sentido al asesinato de su propia hija y de Mel. Estaba segura de que algo fuera de su alcance estaba ocurriendo. Decidió buscar en Google: Hunter Samuels Acelynn. Los resultados no arrojaban nada especial salvo multitud de referencias a negocios, videos sin sentido y algún artículo inservible. Nada útil. Probó introduciendo "Hunter Samuels Woods Lane". Tampoco obtuvo nada interesante. Añadió alguna palabra como "matrimonio", "casado con", el nombre de las hermanas Samuels, pero seguía sin obtener información. Entonces recordó un dato que Henrik le contó.

George abrió por completo la puerta para dejarla pasar. Intentó emitir un saludo, pero unos dedos oscuros y suaves se posaron sobre los labios de él, cerrándole la boca. Ella vestía un abrigo enorme y calado hasta la piel que, después de cerrar la puerta con el tacón derecho y una exquisita delicadeza, dejó caer al suelo. Su cuerpo desnudo se mostró ante los ojos de George y ella se acercó algo más a su pecho. La toalla que él sostenía con habilidad anudada a la cintura corrió igual suerte y se precipitó al vacío. El contraste de colores mostraba brazos claros y oscuros enredándose entre sí mientras sus labios conversaban, dejándose llevar a pasitos cortos y sentimientos grandes hasta la habitación mientras "Baby Did a Bad Thing" acompañaba sus pasos húmedos por encima del parqué desgastado de la habitación.

Karen miraba la pantalla del ordenador cuando un sabor amargo le vino a la garganta. Como un relámpago que iluminó el salón, recordó la frase que le dijo Henrik en el hospital: *"Él tenía treinta y dos años y ya arrastraba una reputación bastante mala además de ser sospechoso, tan sólo dos años antes, de una violación"*. "¿Violación?". En un intento de filtrar toda la información e imágenes que Google mostraba al insertar la palabra "violación" junto a las de "Hunter" y "Samuels", buscó sin éxito algún enlace que la llevase a buen puerto. Hasta que, en la hemeroteca digital de un periódico local ya desaparecido, encontró algo. Un sentimiento de excitación la dominó y sus dedos golpeaban el botón del ratón de forma compulsiva, pasando páginas y páginas con rapidez. Al fin, halló la información buscada: un artículo sobre Hunter Samuel y su historial delictivo. Los nervios la empujaron a encenderse otro cigarrillo sin dejar de leer.

Linda empujó a George sobre el colchón al ritmo de "Lie to me" y observó su pecho mientras el dedo índice acariciaba su labio inferior. Una sonrisa sin

límite se mostró en su rostro mientras comenzaba a besarle las piernas subiéndolo hacia su rostro. Él cerraba los ojos y deseaba que el tiempo se anclara allí mismo. La humedad de la calle penetró en el cuarto y George sintió que todo su cuerpo estaba empapado mientras unas uñas arañaban suavemente su piel. Volvieron a besarse, una y otra vez provocándose llagas en la boca. Se entremezclaron y confundieron con las sábanas hasta caer al suelo, pero nada les impedía continuar siendo uno parte del otro, como dos piezas de un puzle que encajan a la perfección. Así, pegados junto a la pared gritaron como nunca sus gargantas habían sentido y consiguieron, por fin, guardar silencio tirados sobre la cama. Tan sólo una sábana les cubría parcialmente. Durmieron entrelazados, ocultos en la noche más lluviosa que cubrió el cielo de Woods Lane durante aquel mes de agosto.

Karen descubrió que Hunter Samuels fue acusado de forzar a una chica de sólo dieciocho años, durante el verano de mil novecientos cincuenta y uno. Sin embargo, el artículo sólo ofrecía información general acompañada de una fotografía borrosa. Sus ojos enrojecidos y cansados absorbían la luz de la pantalla mientras la lluvia cesaba ahí fuera. Segundos después, varios maullidos la devolvieron a una noche cálida de verano donde las gotas de sudor bajaban por el pecho empapando la camiseta. Se levantó y apagó el cigarrillo sobre el cenicero. Sus piernas desnudas se reflejaron en la ventana sosteniendo un torso bajo una camiseta semi transparente. En una acera no muy lejos de allí, una sombra inmóvil parecía haber aguantado la tormenta sin inmutarse. Karen se acercó y abrió la ventana para observar con detalle la calle desierta y las estrellas que volvían a salpicar el cielo de Tejas. Al fondo, en la falda de las montañas, divisaba el bosque de Bloods Spring azulado bajo la luna llena y la casa de los Samuels en medio de un pequeño claro. Ante la suave brisa fresca y el olor a madera mojada, Karen vio una pequeña luz cobriza que se movía rápido en el horizonte.

Linda permaneció mirando tras la ventana cómo la lluvia había cesado. La oscuridad que ahogaba la escasa luz de la carretera estatal le relevó una extraña sombra situada al otro lado. Al verla, la sombra se movió. Linda palideció y giró la cabeza hacia George, que dormía profundamente. Volvió a girar la vista a la calle y tan sólo vio soledad empapada sobre la acera. Sintió miedo. Se deslizó despacio, agarró su abrigo y el bolso, pero este se volcó arrojando pequeños objetos sobre la moqueta que recogió con rapidez.

En pocos segundos, Linda había desaparecido de la habitación de George en el Blue Diamond Motel.

Karen seguía apoyada sobre su ventana sintiendo su pelo rubio moverse hacia un lado y al otro cuando aquella pequeña luz roja creció y creyó ver humo en la lejanía. Un olor a madera quemada acudió a su nariz y abrió los ojos un poco más. En efecto, aquello que se movía tras el lago Walking Road era fuego.

La casa de Dorothy Samuels estaba ardiendo.

CAPÍTULO NUEVE

Fuego en el cuerpo

Finca de los Samuels, Woods Lane, Tejas - 31 de agosto, año 2016, 12:42 P.M.

Un fuerte hedor a gasolina asfixiaba el ambiente. Nadie dudaba de que el incendio hubiera sido provocado, máxime cuando la noche anterior había llovido con fuerza. Aun así, los bomberos estaban impresionados por la devastación que asoló el lugar incluyendo varios cipreses alcanzados por las llamas que sucumbieron al fuego y dejaron caer sus copas sobre el tractor que ahora sólo era un amasijo de hierro, así como toneladas de escombros repartidos por toda la finca. El cobertizo quedó convertido en una simple huella rectangular sobre el suelo, cubierta de kilos de ceniza.

Karen se encontraba con el Sheriff a varios metros del antiguo porche junto con algún compañero más observando el desastre cuando un teléfono móvil interrumpió el canto de los pájaros. El Sheriff descolgó el dispositivo y se alejó para hablar con tranquilidad mientras ella seguía inmóvil frente a la entrada de la casa oculta bajo las vigas del balcón.

De las dos plantas que formaban la mansión de los Evans, dos pilares permanecían en pie, situados en la parte oeste. El tejado a dos aguas que hasta hace unas pocas horas coronaba la vivienda, se encontraba volcado hacia el lado este de la finca. Restos de madera, piedra, tejas y losas formaban una montaña de recuerdos y pruebas que ya no servían para nada. Karen resopló. Mirando las decenas de columnas de humo giró la cabeza hacia la casa más cercana. "Emilia..." pensó. Quizás ella habría visto algo, aunque a su edad... El Sheriff había desaparecido y los bomberos también. En un segundo pasó de encontrarse rodeada de gente a sentirse en la más absoluta soledad. Aunque no del todo.

—Hola.

—¿George! Te he llamado varias veces ¿ha pasado algo?

—No... Una noche movidita, ya sabes... la lluvia. —Dijo dibujando una sonrisa suave y vergonzosa en sus labios mientras la mano derecha acariciaba la nuca. Cambió de tema —¿Que ha pasado?

— Anoche alguien prendió fuego a la casa.

—Pero ¿cómo pudo arder con la que cayó?

—Parece que vertieron una gran cantidad de combustible.

—¿El Sheriff no está aquí?

—Acaba de marcharse.

George permaneció de pie frente a la montaña de escombros. Una leve brisa levantó pequeños remolinos de ceniza que sobrevolaron las cabezas de los agentes. En ese momento, él se dio media vuelta y le dijo a su compañera con el móvil en la mano:

—Mensaje del Sheriff. Hay que ir a la oficina.

Karen asintió mirando una de las ventanas de Emilia. En aquel marco rectangular se dibujaba una figura oscura cuyo miembro superior sostenía la cortina blanca que ocultaba el interior del salón. En el mismo instante en el cual Karen comenzó a mirarla, dejó caer la cortina. Frunció el ceño y registró con su mirada los alrededores de la casa. La parte trasera guardaba un jardín muy bien cuidado y, entre dos rosales, pudo distinguir a Emilia podando las flores. Volvió la vista hacia la ventana y sólo pudo contemplar la misma cortina que escondía el salón. Esta vez, inerte y vertical.

—Karen... ¿vienes?

—Ah, sí... voy, perdona —susurró nerviosa.

Todos los agentes de Woods Lane y pueblos de alrededor se concentraron en los poco más de treinta metros cuadrados de sala que la oficina del Sheriff puso a disposición del ciudadano con la intención de resolver el caso del asesinato de Dorothy. Y el de Mel. Y el incendio de la casa de la primera víctima.

—Señores y... —carraspeó —señoritas. Como todos saben, el veintiséis de agosto recibimos una llamada de Emilia Bradbury, la loca viejecita que vive con centenas de gatos en la casa colindante a la finca de los Samuels.

—Dieciocho, Señor... —interrumpió Karen a la vez que cerraba la puerta tras de sí. George había entrado en la sala primero.

El Sheriff la miró con desdén, pero no emitió palabra alguna en señal de reprimenda. Continuó.

—La señora Bradbury llamó a la oficina del Sheriff informando que, esa mañana, escuchó ruidos extraños procedentes de la casa de su vecina, Dorothy Samuels, justo cuando caminaba hacia la casa para avisarla de no sé qué de sus gatos. Al parecer, la señora entró y encontró a la víctima tendida en el suelo de la cocina. Minutos después, nuestros efectivos se personaron en el lugar y verificamos la información de la abuela. El principal sospechoso es su

sobrino James Evans, con quien convivía. El desequilibrado la mató la mañana anterior y huyó al bosque, pasando todo el día y la noche allí escondido.

—Perdone, Señor, pero Jimmy no puede ser declarado culpable sin pruebas.

Las mejillas del Sheriff se tornaron rojizas. Giró la cabeza en dirección a Karen y dejó una carpeta que agarraba con las manos sobre la mesa con violencia.

—Teniente Karen Williams, he pasado por alto su interrupción con el asunto de los gatitos, pero no voy a consentirle que vuelva contradecir mis afirmaciones sobre ese loco endemoniado ¿me comprende?

—Capitán...—Dijo mirándole a los ojos y acercándose hacia ella. El olor a alcohol y sudor se hizo patente al situarse la nariz del Sheriff a menos de dos centímetros de la suya propia— No es mi intención contradecirle, Señor... pero es que Jimmy no ha sido investigado aún por las causas que ya sabe y no tenemos pruebas para acusarle.

—¡Ah! Si... disculpe, permítanme refrescarles la memoria— exclamó dirigiéndose a los agentes que observaban petrificados la escena —Qué no tenemos pruebas dice la teniente... ¿Saben por qué el señor James Evans, de cuarenta años y cerebro de un ciempiés pelirrojo no ha sido investigado aún?

Nadie dijo ni una palabra. Algunos se miraron de reojo y otros movían los dedos de forma nerviosa y compulsiva.

—¡Por la sencilla razón de que ese maldito animal fue trasladado al hospital Ground Tell Memorial el mismo día que le encontramos en el puto bosque de Bloods Spring cubierto de sangre y, estando ingresado, no se le ocurre otra cosa que apuñalar al ocupante de la cama de al lado con un vaso de cristal hecho trizas!

George gruñó, pero Karen le detuvo con la mano sobre el vientre.

—Cállate —susurró.

—A sí que, si la teniente Karen Williams nos permite continuar, terminaré de exponer el caso y los siguientes pasos.

El Sheriff respiraba con rapidez al finalizar su discurso hasta que una agente levantó la mano. La señaló con el dedo índice y dio permiso para formular su pregunta.

—Señor... Soy la Agente Andrea R. Harper y vengo desde Wichita Falls junto con mis compañeros Paul y Anderson como apoyo para la resolución de este caso. Tengo entendido que en esta sala se encuentran otros tres agentes de

Dallas y dos de Houston además de su propio personal que, según el último recuento consultado en la base de datos, es de veintidós personas incluidos los tenientes Karen Williams y George Brooks, este último recientemente incorporado.

—¿A dónde quiere Usted llegar, señorita...? — arqueó las cejas en un intento de recordar el apellido de aquella mujer.

—Señor, en estos momentos hay treinta y dos agentes de la ley a su servicio y me preguntaba que, si usted tiene tan claro que el sospechoso James Evans es el asesino de Dorothy Samuels...

—Continúe.

—Señor... que no entiendo muy bien que hacemos aquí.

Aquella frase, espaciada en el tiempo sobrevoló cada una de las cabezas de los asistentes mientras la mayoría sonreía. El Sheriff sintió las gotas de sudor arañar su piel mientras recorrían el cuello.

—Muy observadora, señorita... —Dijo con voz ronca caminando por la sala —Les he convocado, previa comunicación con sus Capitanes, para cumplir el protocolo. Pero tranquilos, ustedes volverán a sus ciudades y les comunicarán, en persona, que este caso está resuelto, que no necesito ayuda de nadie y que con mis veinte hombres me basto para atrapar al asesino.

—Veintidós, Señor.

Resopló. Sobre su mesa, varios archivadores formaban una columna.

—Pasen por la mesa y recojan una carpeta. Pueden marcharse —Les ordenó con el ceño fruncido.

En el interior de cada carpeta se explicaban los pormenores del caso y el Sheriff le entregó a cada agente ajenos a Woods Lane un ejemplar. La sala se fue vaciando poco a poco hasta que sólo quedó el Sheriff de espaldas a la entrada recogiendo otros papeles.

—Señor.

Silencio.

—Señor.

Silencio.

Karen se disponía a llamarle por tercera vez cuando George se adelantó.

—Es usted un mentiroso.

Las manos del Sheriff se detuvieron. Los papeles que sostenía se arrugaron por la presión de los dedos hasta que abrió las manos y las posó sobre la mesa. Su cabeza giró y miró de frente a George. Este infló el pecho en actitud desafiante y el Sheriff dio la vuelta sobre sí mismo caminando en su dirección.

Al encontrarse a dos pasos de él, ordenó a Karen que se marchara alzando el brazo izquierdo. Ella intentó negarse, pero tan sólo escuchó un grito y salió de allí sin rechistar.

Resignada, caminó hasta la máquina de café. Ante la extensa selección de bebidas calientes escuchó más gritos y golpes. Al seleccionar un té verde, pudo distinguir el sonido de las monedas cayendo sobre el cajón metálico y la cápsula del café insertándose en el habitáculo diseñado expresamente para recibir la presión necesaria. Tres minutos después, vio salir a George de la sala. Intentó pararle y hablar con él, pero este parecía poseído por una fuerza sobrehumana. Sin prestarla atención, abandonó la oficina. Karen volvió la vista atrás y comprobó que ya nadie quedaba en la habitación. Entró y sintió un bofetón de olor a sudor. Con la mano en la nariz, observó alrededor y encontró, en el suelo, minúsculas gotas de sangre.

CAPÍTULO DIEZ

La advertencia

Woods Lane, Tejas - 31 de agosto, año 2016, 15:00 P.M.

Las manos apretaban el volante con furia. Hubiera deseado sacar el revólver allí mismo, metérselo en la boca hasta que se ahogase y apretar el gatillo grabando la marca del odio en la pared. “Maldito cabrón” se repetía una y otra vez mientras atravesaba las calles de Woods Lane a toda velocidad. Al salir del pueblo tomó la doscientos ochenta en dirección a Forth Worth. Una milla antes de llegar a la base militar detuvo el vehículo. Las ventanillas ocultas en el interior de las puertas dejaban pasar los rayos de sol que apretaba sus dientes dejando sin respiración a toda alma viviente que caminase sobre aquel desierto de fuego. Su ira se transformó en dolorosa resignación al cabo de unos minutos, pero no le tranquilizó lo suficiente. Sabía quién podría ayudarle.

Un tiempo indeterminado después, decidió regresar a Woods Lane.

Llegó a su destino y aparcó el coche sin ningún cuidado. Cuando entró allí rezumaba nerviosismo y los pocos clientes que se encontraban en el Cherri's sintieron miedo al verle. George observó en un espejo la imagen de un agente de la ley fuera de sí y reaccionó calmándose. Pero volvió a ponerse nervioso de inmediato.

—¿Dónde está?

—Donde está... ¿quién, hijo? —Le contestó una mujer oronda, bajita de pelo canoso que llevaba el mandil reglamentario atado a la cintura con tanta fuerza que los cordones laterales se escondían bajo sus michelines.

—¡Linda! ¿Quién va a ser?

La mujer se paralizó. Un señor que vestía una camisa de cuadros verdes y azules los miró de soslayo, sosteniendo una taza de café en la mano. George le devolvió la mirada con desprecio y este se concentró en su bebida. La televisión emitía una película del oeste a un volumen tan bajo que podía dormir a cualquiera.

—¿Que está pasando?

La mujer miró el reloj, nerviosa. Y decidió arriesgarse.

—Ven conmigo, chico... —le respondió mostrando una preocupación inusual en el rostro de alguien cuya única labor es servir café y pastel de

manzana.

Ella se dirigió hacia el fondo de la barra donde una ventana sin portezuelas comunicaba directamente a la cocina. George la siguió y observó que se encontraba a oscuras. Muy extraño a esas horas.

—Verás... esta mañana Linda me llamó desde su apartamento. Está... enferma.

—¿Enferma? ¿que la ocurre exactamente?

La señora comenzó a temblar. George sudaba de puro nervio provocado por aquella mujer que no sabía mentir y comenzó a jugar con un palillero hasta que vertió su contenido sobre la barra. Decenas de palillos se desparramaron y pidió disculpas. Al recogerlo, le volvió a mirar y le dijo.

—Mira, yo no sé nada, ¿entiendes? Eso me dijo... que estaba malita y no podía venir. Si quieres ve a verla y compruébalo por ti mismo.

La mujer, de mediana edad, se mordió el labio inferior y George respiró profundamente.

—Deme la dirección.

—¿Cómo dice?

—¡Que me de la dirección!

—Mira hijo, yo no quiero problemas y a decir por la sangre que te sale por la nariz, tú tampoco deberías buscarlos de nuevo.

George se acarició con la yema del dedo índice y enfocó su mirada sobre el punto rojo que apareció en ella. De inmediato, enganchó una servilleta de un dispensador con fuerza y se taponó el agujero por donde goteaba.

—Ese es problema mío señora. Deme la dirección de una vez.

—Está bien... pero ¡yo no te he dicho nada!

Una mano rechoncha abrazó un bolígrafo situado detrás de la barra y escribió unos garabatos sobre un bloc de notas. La mujer rompió la hoja y se la entregó a George. Él cogió el papel sin despegar la mirada de aquella mujer y abandonó la cafetería.

Al salir, el sol clavaba sus rayos sin piedad sobre cada milímetro de la calle Cherri. Hacia Court Square, un griterío de niños cantaba una típica canción infantil caminando al parque situado detrás de la plaza. Un señor con una gorra de béisbol paseaba a un perro de raza indeterminada que bien podría ser confundido con un caballo y una abuelita esperaba a que el semáforo cambiara de color para permitirle seguir con su lento caminar. George sentía vivir tras una pantalla de plasma gigante. Le dolía la nariz, la mejilla y el pecho. Miró el papel y leyó la dirección del apartamento de Linda, pero no

tenía la más remota idea de cómo llegar hasta allí. Observando alrededor, encontró el kiosco de prensa. Se acercó sin la servilleta de papel en la nariz y le preguntó al dependiente de revistas y periódicos. Este le explicó cómo llegar y George se despidió amablemente.

La calle Peak se encontraba justo al lado de la doscientos ochenta y siete, al este de Woods Lane, cerca del colegio. No era una calle demasiado larga, pero albergaba edificios de cuatro plantas en ambos lados, con escaleras que subían a cada portal y otras que bajaban a los sótanos. A George le recordó su antigua casa en Boreum Hill, Brookling, con esos edificios de ladrillo marrón y sonrió. Una sonrisa que duraría muy poco.

El apartamento de Linda, situado en la segunda planta del número cuatro mostraba en el balcón multitud de flores de colores. Llamó al portero automático, pero no contestó nadie. Entonces decidió bajar unos pocos escalones y mirar las ventanas del piso. Una cortina se movió despacio y unos dedos oscuros desaparecieron en la penumbra. Un coche granate con una pegatina de un zorro enorme estampado en la parte trasera pasó a escasa velocidad y cuando George se giró por instinto para ver quién era, aceleró, perdiéndose en la desviación de Peak con Cleveland Road. George volvió a mirar a la ventana y la cortina tembló otra vez. Subió las escaleras y repitió la acción. No contestó nadie. Bajó varios peldaños y comprobó que alguien estaba mirando por la ventana del segundo piso. Un coche granate con una pegatina de un zorro enorme estampado en la parte trasera pasó por la calle a escasa velocidad. George arqueó las cejas. Su pulso se aceleró. Miró su reloj. Sacó el móvil del bolsillo y escribió un mensaje: “Volveré más tarde”. El símbolo que mostraba que el texto había sido enviado apareció en la pantalla. Continuaba nervioso. Una farola se encendió y comenzó a iluminar tímidamente el portal de Linda. El símbolo de recepción del mensaje apareció en la pantalla. Tres segundos eternos después y el color de los símbolos cambió a azul. Y el texto “escribiendo” se mostró en la parte superior de la pantalla. Durante un segundo más pudo leer el texto recibido: “Ok”.

Jimmy despierta. “¡Despierta Jimmy! ¿No sabes dónde estás? Siempre fuiste un inútil”. Jimmy consigue abrir los ojos. Todo es blanco. Las paredes son blanditas. La cama está pegada al suelo ¡Que divertido! Jimmy piensa que podrá saltar todo lo que quiera. Pero ahora le viene otra cosa a la mente. Algo muy feo. No le gusta y grita. Grita mucho y nadie le oye pero ¿dónde estoy? Se pregunta. Quiere golpearse la cabeza con sus manos, pero

no puede porque las tiene atadas. Vuelve a estar encadenado, esta vez con dos grandes cables de acero que nacen desde la pared hasta su espalda. “¿Quién es ese?” Jimmy acaba de escuchar como abrían la puerta. Esa puerta tan chula, tan blanca y blandita. ¿Quién es? Jimmy se repite, quiere saber, quiere entender... pero parece que aquel señor calvo, también de blanco, no le escucha. ¿Y quién le acompaña? Ah, a ese otro señor le conozco, pero no me acuerdo... piensa Jimmy. Jimmy quiere saber, Jimmy quiere entender y escucha una voz familiar. ¿Usted? ¿Qué hace aquí? Jimmy pregunta asustado y comienza a recordar. Siente una punzada en el brazo, un gusano que se introduce por su cuerpo y le carcome. Recuerda el sótano, oscuro... ¿Usted? Jimmy cree que algo malo ha hecho porque si él está aquí, si él ha venido hasta esta habitación tan chula “¡El señor H... ¡No! Por favor... no quiero bajar otra vez... por favor”. Jimmy llora y jadea. Siente un hormigueo en el cuello que le paraliza. El señor de blanco sonrío delante de la pared blanca, cerca de la cama en esta habitación tan chula... Jimmy se apaga. Su último recuerdo es el pozo... Jimmy piensa que las serpientes se han metido en su interior y se rasca. Se sorprende porque ya no está atado pero no quiere golpearse. Tiene las uñas largas y se araña el brazo. Pero Jimmy se apaga. Comienza a elevarse y siente que puede volar. Ve su propio cuerpo tendido en esa habitación tan bonita y al señor de blanco delante de la pared blanca y al lado... al lado un señor de negro con levita que reza.

Karen recibió la llamada del Doctor Lawrence Schneider a las siete de la tarde. Aun se encontraba en la oficina del Sheriff. Jimmy había fallecido. El doctor le explicó los hechos y ella escuchó con la mano masajeándose el cuello. Colgó diez minutos después.

—¿Hay alguien en el Ground Tell Memorial? —Preguntó al aire.

—Sí, dos patrullas y los de la científica. Llevan varias horas allí.

—¿Y por qué no se me ha informado?

Nadie respondió. Cada una de las bocas adheridas a los cuerpos que allí se encontraban se cerraron en banda, como si una cremallera gigante las hubiera clausurado, una tras otra. Karen sintió una punzada en el pecho y se levantó rumbo al despacho del Sheriff. Pero estaba vacío. En vista del sentimiento de traición que se instaló en su interior, decidió irse a casa, darse una ducha y llamar a George para anunciarle la muerte de Jimmy con una cerveza en la mano y un pitillo consumiéndose en algún cenicero sucio y solitario.

Caminó despacio por First St. mientras el sol abandonaba Woods Lane y dejaba pasar a la luna para que iluminase, en la medida de lo posible, aquel pueblo adormecido. Los restaurantes y bares de la calle mojaban las aceras con su luz. Los vecinos se amasaban la frente y resoplaban en símbolo de alivio al sentir un poco de frescor en el aire.

El mes de agosto estaba resultando cruel y devastador. Decenas de cosechas se perdían cada día y el número de familias que se echaban a la carretera, abandonando sus granjas, aumentaba sin cesar. Un día los Smith, al día siguiente los Gilligan. Los ancianos del lugar, acomodados sobre los bancos metálicos de Court Square, discutían entre ellos lanzando comentarios como: “Oh, Dios mío, ¿sabes que la viuda de Humphrey se ha marchado a casa de su madre, en Pensilvania? Dice que aquí no hay nada que hacer... que la tierra está más muerta que su propio vientre” o “El joven Kruger ha cogido a su mujer y sus cuatro chiquillos, los ha metido en un camión y se ha largado a California... hacía treinta o cuarenta años que esto no pasaba”.

Hubo un tiempo de prosperidad. Una época en la que el destino de la región cambió para siempre y no a mejor. Los viejos de Woods Lane recordaban las historias de sus abuelos y el lugar concreto que cambió el mapa de Tejas para siempre: San Jacinto. Contaban que, por el mes de abril de 1836, cierta batalla les convirtió en república independiente. Una región que arrastraba una cruel tradición en el comercio de esclavos ocupada por grandes plantaciones de algodón donde estos trabajaban de sol a sol, sin descanso. Los abuelos contaron a sus nietos como aquellas fértiles tierras manchadas de sangre negra consiguieron entrar en la Unión, convirtiéndose en un estado más, allá por el 1845. Y también cuando se estableció la frontera en el río Grande, mucho más al sur que la anterior existente. Se reían cada vez que su memoria les devolvía a los mejicanos “bien cabreados” con aquella apropiación de sus tierras. Pero enseguida pasaban de la mofa a la tristeza ya que, tan solo un año después, entrarían en conflicto con el propio Méjico. Después vendría la guerra civil, la revolución industrial, el boom del petróleo de Spindletop, ya entrados en el siglo XX con su “cultura de la perforación” dejando el suelo de Tejas como un auténtico colador.

Las conversaciones entre los ancianos de Woods Lane iban y venían. Daban saltos temporales, se comían historias y se inventaban otras. Algunos sentían verdadera nostalgia de la época Reagan y otros le maldecían por la crisis agrícola que azotó Tejas en sus años de gobierno. Otros lloraban por no

sentir más el olor del petróleo emanando de la tierra seca y crujiente... otros repetían una y otra vez “Oil Patch” como si aquellas palabras relacionadas con el oro negro fueran una tabla de salvación para su aburrida e insignificante vida. El ferrocarril, la intervención en las guerras mundiales, el Kukuxklán... todo lo comentaba a voz en grito. Hasta que uno de ellos se detuvo en un recuerdo. “¿Os acordáis del cabrón de Samuels?” dijo un abuelo calvo cuyas grandes gafas de pasta negras se tambaleaban sobre el puente de su nariz. Cerca de él, un bastón golpeó el suelo. Karen estaba situada bajo el reloj del ayuntamiento y escuchó aquel golpe. Se giró y prestó atención.

—¿Quién te ha preguntado sobre ese tipo?

—Nadie... me ha venido a la memoria... —respondió con temeridad.

—¿Y por qué, si puede saberse? ¡No sabes nada de Hunter Samuels!

—Oye, a mí no me hables así —el abuelo se levantó y sus gafas cayeron al suelo —Tengo tanto derecho de hablar de ese maldito bastardo como tú... además, me he acordado de él porque estabas hablando del crack del 29, cuando todo esto se fue al garete y, después, la sequía del 35 que acabó arrasando campos y llanuras, cubriendo de polvo los pastos y cultivos... ¿o no es cierto que hablabas de todo eso, eh?

—Sí, claro que sí... y me acuerdo de las tormentas de polvo, las cosechas secas y el pueblo muerto de hambre, como tú dices... pero nada tiene que ver eso con Hunter Samuels, ¿te enteras? Así que cierra el pico de una vez.

—¡Yo hablaré cuando me dé la gana y de quien quiera!

Karen sintió la necesidad de intervenir al ver un bastón en alto, precipitándose contra la cabeza de un compañero octogenario.

—¡Cálmense, señores, por favor! —Les dijo al alcanzar con su mano la vara de madera—¿Que ocurre, caballeros?

—Tommy... como siempre mandando... será que en su casa sólo lo hace su mujer.

Los hombres rieron. Tommy y Karen guardaron silencio.

—Me voy... está claro que con vosotros no se puede tener una charla agradable.

Tres abuelos se marcharon detrás de Tommy y Karen permaneció junto al anciano que había nombrado a Hunter Samuels. Ella se sentó a su lado.

—¿Cómo se encuentra, señor Patterson?

—Bien, querida... bien.

El señor Patterson bajó la vista apesadumbrado. Sus ojos vidriosos se perdieron en los pliegues de sus arrugadas manos que descansaban sobre la

bola de su bastón. Sacó el labio inferior hacia afuera y dijo en voz casi inaudible.

—Está volviendo a ocurrir, querida...

Karen le miró extrañada. Varias decenas de pajaritos levantaron el vuelo hacia el norte y una ligera brisa helada les acarició las mejillas. Las farolas de la plaza ya se encontraban irradiando su luz más potente.

—Te digo que se están marchando. Huyen a las dos Dakotas. Oklahoma y Arkansas también. La tierra no da para más.

—Los tiempos han cambiado, señor Patterson... Houston, Dallas y San Antonio están entre las quince ciudades más importantes del país. La agricultura ha evolucionado, no hay escasez y...—El viejo giró la cabeza y la miró con seriedad.

—¡Que está volviendo a ocurrir! Cuando él llegó, todo se fue al traste. Este maldito pueblo nunca ha vuelto a ser lo que fue desde que apareció.

Karen tragó saliva. Aquel salto en la memoria del viejo la asustó.

—¿De qué está hablando?

—Sara. Se llamaba Sara... —El señor Patterson se levantó y comenzó a caminar.

—¿Qué quiere decir? ¿Quién es Sara? ¡Dígame algo más!... ¿Tiene que ver con Hunter Samuels?

Las farolas de la plaza se apagaron por un segundo. Cuando volvieron a ofrecer luz a los adoquines de Court Square, el señor Patterson la miraba a dos metros de distancia. Su bastón temblaba bajo la mano derecha., Abrió la boca y susurró. Karen leyó sus labios. Uno... nueve... cinco... uno.

Minutos después le vio alejarse. Al perderle bajo los pórticos de Court Square, Karen comenzó a caminar cabizbaja hasta su apartamento, jugando con los números que el señor Patterson dijo en voz baja. “Si es el año 1951, coincide con la noticia del periódico, pero necesito más información...” pensaba cuando una vibración le pilló por sorpresa dentro del bolsillo del pantalón. Ajena al transitar de los pocos vecinos de Woods Lane que pululaban por las calles a esas horas, sacó el móvil y vio el mensaje del Sheriff.

—¡Joder! —Exclamó. Una mujer que paseaba con un crío de la mano y mucha prisa la miró sorprendida. Karen sonrió y volvió a leer el texto: “Quiero un informe mañana a las 14:00 sobre el estado de la vivienda de Dorothy Samuels. No se demore”. Karen se lamentó una vez más, pero intentó

volver sobre sus pensamientos, obviando la última interrupción.

Al llegar a su apartamento depositó las llaves sobre el aparador y llegó lentamente hasta el salón. Abrió el paquete de tabaco que descansaba sobre la mesa y encendió un pitillo. En su soledad, mirando por la ventana la oscuridad que se cernía sobre el bosque de Bloods Spring, Karen volvió a sentir la necesidad de tener algo que abrazar en momentos como ese. Alguien a quien acariciar. Quizás una mascota. Peluda y entrañable. ¿Un gato? o una gata. Pensar en aquello le dibujó una sonrisa, al ser una mascota y no un hombre a quien necesitaba en esos instantes. Pero recordó enseguida por qué la segunda especie animal no era bienvenida en su casa. Tragó el nudo en la garganta que acababa de formarse, giró, dejó el pitillo humeante sobre el cenicero y se acercó a la nevera. Minutos después, saboreaba un sándwich de pavo y una cerveza mientras anotaba en un papel el orden del día siguiente:

- * Visitar la hemeroteca de Houston.
- * Informe del Sheriff incendio casa Dorothy.
- * Hablar con George.

Karen buscó una película antigua en YouTube sin ser consciente de que no sería posible cumplir una de las tareas.

CAPÍTULO ONCE

El recorte

Woods Lane, Tejas - 31 de agosto, año 2016, 22:10 P.M.

George volvió a Peak St. sobre las diez de la noche, con intención de entrar, al fin, en el apartamento de Linda. Una suave luz amarillenta acariciaba las cortinas del salón situado en la segunda planta, pero, esta vez, decidió hacerse pasar por un vecino despistado para poder entrar. La estrategia no falló y una amable anciana del primer piso le abrió el portal. George, sigiloso, comenzó a subir las escaleras que conducían al segundo piso cuando un carraspeo le sorprendió. Se detuvo. Juraría haber sentido una respiración cerca, pero desistió de seguir esperando para entender el origen de aquel sonido y continuó su camino.

Al llegar al apartamento encontró la puerta entornada y desenfundó su revólver. Pensó en llamarla, pero, quizás, el ladrón seguía allí dentro. La abrió despacio y encontró una lámpara tirada en el suelo junto con multitud de papeles y periódicos esparcidos sobre la mesa además de varios cajones abiertos cuyo contenido cubría el suelo de parquet. “¿Que ha pasado aquí?” susurró. Con el revólver apuntando al horizonte, empujó la puerta con el talón tras de sí, sin llegar a cerrarla y caminó hasta el pasillo que hacía las veces de distribuidor. No conocía la casa y repasó cada objeto que allí se encontraba. Hasta que dio con lo que estaba buscando. Linda yacía sobre su cama, boca arriba y con el cable de un secador de pelo enrollado al cuello. George guardó su revólver y comprobó que estaba muerta. Su rostro, bello como él lo recordaba, mostraba sobre su piel oscura diversos moratones y golpes. Entró en cólera, gritó y sollozó golpeando la cama, provocando que el cuerpo de Linda se tambalease sobre el colchón como un muñeco a merced de las olas. A los pocos minutos se calmó. Sus pasos le llevaron al salón, sacó su móvil y llamó a Karen. Un tono, dos tonos. Nada. Miró la pantalla del dispositivo y volvió a marcar el número de su compañera mientras repasaba recortes de periódico tirados sobre la mesa. De pronto, lo dejó sobre el tablero sin hacer caso a la voz femenina que se escuchaba al otro lado de la línea porque algo le dejó con la boca abierta. George agarró con ambas manos un recorte de periódico de 1976:

“El reverendo Cleverance Smith junto a dos hermanitos huérfanos que

acudieron a la iglesia de Saint Marie durante el día de Acción de Gracias”

Y dejó de leer. La noticia no le causó ningún contratiempo, pero la fotografía que debajo se mostraba le produjo un vértigo incontrolable. Volvió a doblarlo e introducirlo lentamente en el bolsillo de su pantalón. Karen escuchaba su respiración desde el otro lado mientras arrancaba la aplicación que la ayudaría a localizarle. Sabía que el programa tardaría varios minutos en encontrarlo, pero no se imaginaba que serían insuficientes.

La boca de un cilindro frío y suave presionó la nuca de George. El programa que Karen había arrancado no lograba dar con la ubicación de su compañero.

—Te dije que la dejaras en paz. Ahora atente a las consecuencias.

George se giró.

—¿Eres tú el de la foto?

—Creo que no me has entendido.

—Maldito hijo de puta.

—No pienso discutir contigo... te dije que no la tocaras y no me has hecho caso —Afirmó con seriedad, rodeando a George sin dejar de apuntarle a la frente —Primero voy a detenerte por asesinato... la declaración será fácil: se te fue la mano, "blanquito" y la mataste con el cable del secador. Un tipo vicioso este nuevo Ranger venido de la ciudad ¿verdad?... Segundo, te pudrirás en alguna cárcel sucia y atestada de chicos malos que desearán conocerte... ¿te parece buen plan? Pues andando, vas a venir conmigo a firmar el maldito documento.

Karen escuchaba al otro lado de la línea mientras sus dedos temblaban. La voz estaba distorsionada por la distancia al micrófono, pero podía escuchar frases sueltas que le mostraron la gravedad de la situación. Hasta que gimió en protesta al ver que la aplicación no devolvía la ubicación de su compañero.

—¿Estás grabando esto? ¡Maldito cabrón! —Dijo al escuchar el lamento proveniente del dispositivo tumbado sobre la mesa.

Un disparo se escuchó en el número cuatro de Peak St. George esquivó la bala que se dirigía directamente a su pecho, pero penetró en el hombro derecho provocándole un dolor intenso y caliente. Su mano izquierda intentó golpear a su agresor sin éxito y comenzó a recibir multitud de golpes. Hasta que este se hartó y colocó el revólver sobre la frente. George pronunció sus últimas palabras.

—Mataste a tu hermana. Eres un puto loco y pretendes cargarme a mí el muerto... ni lo sueñes.

—Tú lo has querido.

Karen vio sobre la pantalla de su móvil la ubicación de su compañero y escuchó dos disparos más con espeluznante claridad. Después, silencio.

El apartamento de Linda se encontraba repleto de agentes y técnicos forenses un par de horas después. Karen miraba el cuerpo de George tirado sobre el suelo del salón, inerte, abatido. Abrazada a sí misma no despegaba la mirada de él hasta que el Sheriff entró en el apartamento.

—¿Que ha pasado?

—Han asesinado a George y a Linda, Señor.

—Una tragedia, sin duda.

Karen le miró con incredulidad.

—Quédese aquí hasta que esto se vacíe, asista a la clausura del apartamento y mañana quiero un informe a las dos, ¿entendido?

—Pero Señor...

—¡No le he hecho una pregunta! Límitese a obedecer ¿quiere?

Karen asintió con una mueca en la nariz al sentir el olor a pólvora quemada en los dedos del Sheriff cuando este la señaló muy de cerca. Al verle desaparecer, se acercó al cuerpo de George. Sus facciones atléticas parecían pertenecer a un maniquí perfecto recién salido de la fábrica. Los ojos abiertos y las pupilas dilatadas le conferían un aspecto pétreo decorado con las mejores pinturas. Dos técnicos forenses estaban examinando el cuerpo de Linda, en su cuarto, cuando Karen bajó la mirada desde el pecho hacia la cintura, vio un pequeño papel amarillento sobresalir del bolsillo de su compañero muerto. Miró de reojo para comprobar que los técnicos seguían allí y sacó el recorte de prensa para esconderlo en su propia mano justo cuando estos se personaron delante de ella para realizar los exámenes pertinentes. Karen se levantó y les dejó hacer, arrinconada en un extremo del salón.

A las tres de la madrugada acabó todo. Karen se encendió un pitillo camino de su apartamento. Al llegar, se dirigió directamente al cuarto de baño. Lentamente, se quitó la camisa y los pantalones. Tiró la ropa interior a un cesto lleno de prendas de vestir. Su cuerpo se introdujo en la ducha como la carrocería de un coche lo hace en el interior de una cadena de montaje, sin importarle lo que le vaya a caer encima. El agua resbalaba por su piel suave y tersa en una frenética carrera por alcanzar la plaqueta del suelo y aventurarse

en llegar al mar mientras su mente jugaba con todos los acontecimientos sin sentido acaecidos en aquel pequeño pueblo de Tejas llamado Woods Lane.

Cuarenta minutos después y con las manos arrugadas como las del viejo señor Patterson, Karen salió de allí empapada. Alcanzó una toalla que se anudó al pecho mientras esta se dejaba caer sobre él, formando una cascada de algodón que la cubría hasta las rodillas. Para el pelo eligió otra y consiguió crear un turbante milagrosamente estable sobre la cabeza. Al verse las manos recordó lo que el señor Patterson le dijo: Hunter Samuels, 1951, Sara.

Esos datos la llevaron a otros y a otros más. Hasta la conversación con su compañero Henrik en el hospital, momentos antes de que Jimmy clavase aquel vaso de vidrio roto sobre el pecho de Mel.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el recorte de periódico que guardaba George?

Y se alarmó al ver que lo había dejado dentro de su bolsillo. Metió la mano en la cesta de ropa para comprobar que la humedad del baño no lo había estropeado y salió con él papel intacto hacia el salón. Allí, lo desplegó y la luz hizo el resto. Vio la fotografía y le reconoció. A ella, también.

—Dios mío —Exclamó.

Enseguida llamó al Sheriff, pero su móvil no devolvía la señal. Pensó en enviarle un mensaje, pero desistió. Miró a la ventana y el reflejo del reloj situado al otro lado le devolvió la hora al revés. Pero supo interpretarla y, al comprobar que ya eran cerca de las seis de la mañana, decidió intentar dormir un poco. Ya tendría tiempo, al día siguiente, para preguntar al Sheriff si él era el niño de la foto.

Y si la niña que le acompañaba era Linda.

CAPÍTULO DOCE

Confíeseme, Padre

Iglesia Católica de Saint Marie, Woods Lane, Tejas - 1 de septiembre, año 2016, 8:20 P.M.

Desde las colonias británicas del siglo XVIII, Estados Unidos se había convertido en un crisol de grupos religiosos que competían entre sí. Incluso desde antes. Congregacionalistas, episcopalianos, presbiterianos, luteranos y un enorme etcétera de afiliaciones religiosas colmaron el país entre 1660 y 1780. Famosos se hicieron los sermones de Jonathan Edwards, ministro de Northampton, Massachusetts durante el "Gran Despertar", en la década de 1730 cuando instaba a los feligreses a mirarse en el espejo como "pecadores de un Dios furioso". Los predicadores itinerantes encontraron allí, en los corazones de los culpables condenados al fuego eterno, una oportunidad para ofrecer una vía de salvación para ellos mediante espectáculos de grandiosa oratoria, convirtiéndoles en auténticas estrellas. Eran los "revitalist", como James Davenport, cuyos sermones de veinticuatro horas propiciaban la locura entre sus asistentes.

La Iglesia Católica de Saint Marie perteneció a la Diócesis de Galveston desde sus inicios. El reverendo Cleverance daba buena cuenta de ello a sus feligreses siempre que le preguntaban los orígenes de aquel pequeño rincón espiritual que se erigía en una pequeña colina al noroeste de Woods Lane. El reverendo era un entusiasta de la historia europea y americana. Su pasión: la época victoriana.

En el despacho de la sacristía, donde descansaba su tesoro personal en forma de mueble victoriano, un retrato se situaba a la derecha de la escultura de Cristo crucificado. Le admiraba incluso más que al propio Jesús. Todas las mañanas daba gracias a Dios por un nuevo día y al reverendo Wendelin Nold, primer obispo nacido en Tejas, precursor de la construcción de escuelas secundarias católicas. Mediante oraciones matinales le agradecía su labor en la Diócesis. Y allí se encontraba, contemplando esa fotografía cuando escuchó golpear la puerta principal de entrada a la nave central. El reverendo Cleverance se apresuró a salir del despacho y alcanzó el altar custodiado por

dos Ángeles que rezaban incansables, uno frente al otro, a una torre en medio que representa a la misma Virgen María que se representa en el tejado de la iglesia. Delante de las esculturas blancas y puras, el reverendo miró hacia la entrada, iluminada por las seis lámparas de latón y vidrio mateado que colgaban de la bóveda central, cuyos arcos de arquitectura singular soportaban el tejado de la iglesia. Frente de la puerta principal medio abierta, la silueta de una mujer joven vestida con ropa ajustada se vislumbraba gracias a la luz del sol que lograba invadir los primeros bancos, bajo el palco donde descansan los tubos dorados del órgano que invitaba a celebrar bodas y bautizos.

—¿Quién se presenta en la casa del Señor provocando tal algarabía? —El reverendo alzó la voz y estas palabras rebotaron por el tejado y las naves laterales hasta llegar a oídos de aquella mujer.

—Necesito ayuda, Padre...

El reverendo Cleverance tembló por un segundo. Se santiguó y sus zapatos negros comenzaron a bajar los escalones del ábside moviendo la sotana oscura con extrema lentitud. Ella hizo lo propio, acercándose hacia él mientras el cinturón que sostenía el revólver provocaba un sonido desagradable al rozar con el uniforme. Una vez situado cerca de ella, escuchó:

—Tengo miedo, Padre.

El reverendo la observó como quien desconfía de las visitas inesperadas. Él era un clérigo conservador, de esos que tienen clientes fijos entre sus feligreses. No le gustaban las sorpresas ni los recién iluminados por el Señor. Tampoco los niños que recibían la carne y la sangre de Cristo por primera vez y jamás volvían a pisar la iglesia. Ni siquiera los jóvenes. Sobre todo, si se trataba de las chicas y mucho menos si llevaban pistola y representaban a la ley. Pero algo le decía que debía ofrecer otra cara.

—¿Que ocurre, hija mía? —Dijo mostrando sus manos abiertas hacia el cielo. Karen posó sobre ellas las suyas boca abajo y le miró. Una lágrima furtiva logró escapar del ojo derecho y resbaló por el pómulo sonrosado. Al darse cuenta, apartó la mano y se secó. El reverendo hizo lo propio y, girando sobre sí mismo ciento ochenta grados, bajó la cabeza y se agarró las manos a la espalda. Comenzó a caminar hacia el ábside.

—Nunca te he visto por aquí. Sin embargo, sé quién eres... Karen Williams.

Karen respiró profundamente.

—Hija de Sam y Catherine Williams, ambos de origen irlandés. Acudían a

misa todos los domingos desde que se establecieron en Woods Lane. Participaban en todos los eventos que se organizaban en beneficio de la comunidad: recababan fondos para los más necesitados, recogían ropas y libros, ofrecían su casa el día de acción de gracias... —El reverendo Cleverance dio media vuelta de repente —¿Qué pasó contigo, Karen?

—¿Cómo dice?

Volvió a caminar en dirección a la teniente.

—Recuerdo el día de tu primera comunión. Lloraste como un alma poseída por el mismísimo diablo. Lucifer habría sentido auténtico pánico al verte jadear así sobre el altar... ¡Qué vergüenza!

Karen le interrumpió.

—Padre... creo que ha sido un error venir... mejor me voy —. Y giró en dirección a la puerta.

—¡Espera! —Escuchó —Perdóname, hija mía... nadie debe ser rechazado en la casa del Señor... debo aprender de su eterna misericordia para con los afligidos y pecadores... Ven conmigo, te lo ruego.

Karen advirtió arrepentimiento en aquellos ojos cansados por el tiempo y caminó detrás de él. Las columnas ocreas los acompañaron hasta el altar mientras esquivaban los rayos del sol que penetraban a través de las vidrieras, dibujando figuras geométricas de colores sobre los bancos de madera que poblaban la nave central y las laterales. En el altar se pararon y el reverendo Cleverance hincó su rodilla derecha sobre el mármol blanco del ábside. Se santiguó una vez más y continuó su caminar hacia la sacristía, situada a la derecha y custodiada por otra escultura de María con el niño Jesús a la izquierda de la puerta y Cristo acompañado de otras dos figuras a la derecha. Al pasar cerca de una estructura de madera tallada con forma de peonza y unas figuras que lo adornaban, Karen no pudo evitar preguntar por aquello. El reverendo frenó en seco con la mano apretando el pomo de la puerta y se giró.

—Ah, eso... es un relicario, hija mía.

Ambos entraron en la sacristía despacio. El reverendo ofreció asiento a Karen a un lado de un escritorio enorme de madera maciza color ocre. Cuando se sentó sobre una incómoda silla que crujió tímidamente, el reverendo hizo lo propio sobre un sillón de cuero negro. A su derecha, una pantalla plana de veinte pulgadas mostraba una fotografía de Wendelin Nold. Frente a él, un teclado y ratón inalámbricos creaban una frontera virtual entre el reverendo y su confidente. Detrás, una estantería repleta de libros escondía la pared y, a su

izquierda, un armario que contenía sus vestimentas para las liturgias protegía un precioso escritorio victoriano con multitud de cajones y portezuelas.

—Un mueble muy bonito, Padre.

—¿Verdad? Dorothy hacía maravillas con la madera.

—¿Qué quiere decir?

—Una de tantas virtudes que colmaban el alma cristiana de aquella mujer, Dios la tenga en su gloria —Se santiguó una vez más— era la restauración. Sus manos divinas y su talento debieron ser obra del Señor, sin duda... restauraba todo tipo de objetos de madera, los barnizaba con exquisito cariño y paciencia aplicándoles betún o que se yo... los dejaba impecables... allí, en su cobertizo.

—¿Restauró este allí también?

El reverendo sonrió orgulloso de que alguien se fijase en su maravilloso escritorio de madera de nogal.

—En efecto. Esta fue su mejor obra... y la última.

—Pero el cobertizo no era un lugar muy grande... ¿Cómo pudo...? —El reverendo la cortó clavando sus ojos en ella.

—Fue aquí.

Karen le miró extrañada y señaló el suelo de la sacristía.

—¿Lo restauró aquí dentro?

—Eso es. Este mueble es una reliquia, una joya del diseño... no podía salir del templo. Una mañana de abril, durante una de mis visitas semanales a su casa, le comenté mi desazón al ver el escritorio en un estado cada vez más deplorable. La pregunté si podría hacer algo con él y aceptó mi propuesta.

El reverendo se inclinó hacia delante y cruzó los dedos entre sí. Miró a Karen con fijación cambiando el rostro.

—¿Que has venido a buscar a la casa del Señor, hija mía? —Le preguntó en tono suave y directo.

Karen volvió a sentirse insegura, temerosa, cómo si su alma estuviera a merced de los demonios que ahí fuera amenazaban.

—Tengo miedo, Padre —Dijo agachando la cabeza.

—¿De qué temes? Eres un agente de la ley, llevas arma y tienes licencia para disparar. Puedes defenderte... ¿de quién se trata?

—Ese es el problema, reverendo... alguien asesinó a mi compañero, George Brooks, y a Linda, la camarera del Cherri's, anoche... en el apartamento de ella. Él me llamó cuando aún estaba vivo y algo reclamó su atención porque, cuando descolgué, escuché su respiración al otro lado de la

línea, pero no hablaba conmigo —Sollozó.

—Continúa, hija mía...

—Intenté que me respondiera, pero debió dejar el teléfono sobre la mesa y no colgó...

—¿No colgó?

—No.

—Sabes que no está bien escuchar conversaciones ajenas.

Karen abrió la boca con indignación.

—Reverendo... ¡escuché a quien le disparó!

Un ligero temblor se sintió a lo largo del tablero donde se apoyaban las manos del reverendo Cleverance. Como si una de sus piernas rozase, compulsivamente, una de las patas.

—Hija... sino fueras una Ranger te diría que acudieses a la oficina del Sheriff pero que estés aquí, en la casa del Señor, confesando la autoría de un crimen a un siervo de Jesús sin haberlo denunciado previamente... me asusta.

—Reverendo...— Dijo acercándose a la nariz del párroco— ¡Juraría que escuché al Sheriff!

El reverendo se mordió el labio inferior comenzando a respirar profundamente. Un halo de furia manchó su aura y se levantó con violencia. Alzó la mano en señal de desaprobación y gritó.

—¡Imposible! ¿Quién crees que eres tú para hablar así de un miembro respetado de la comunidad? ¿Quién profiere ese tipo de calumnias a quien se siente perdido por la ausencia de su esposa y, aun así, continúa sacrificándose cada día para protegernos de malhechores y delincuentes?

Karen no daba crédito. El reverendo Cleverance abrió el armario situado junto al mueble victoriano con tanta fuerza que la puerta derecha lo golpeó, provocando un ruido metálico seco. Agarró del interior un cuello morado y lo dejó caer sobre los hombros.

—Ahora tengo que dar misa. Quédate aquí o márchate... tú decides, pero no puedo escucharte.

—Espere un momento.

—¿Qué más deseas? ¿no han sido suficientes tus calumnias?

—Dorothy... su depresión... ¿cómo consiguió curar a Jimmy?

El reverendo palideció. Estaba visiblemente molesto y Karen se dio cuenta que había cometido un error.

—Lo que tenía que hacer.

Salió de la sacristía dejando a Karen en su interior.

Al cerrar la puerta por fuera, el silencio llenó la estancia. Segundo después, un leve chirrido procedente del armario obligó a Karen a girar la vista hacia allí y vio la puerta derecha comenzar a cerrarse, despacio, por la acción de la gravedad sobre ella y un mal ajuste de las bisagras. Según el ángulo que formaba la tabla vertical con el armario se iba haciendo más pequeño, tras él se descubría el querido escritorio victoriano del reverendo Cleverance. En el plano horizontal del tablero decorado con exagerados motivos, apareció un hueco. Al ver el agujero, Karen entendió aquel chasquido metálico que escucho cuando el reverendo abrió la puerta con fuerza. Se acercó y, en el interior, encontró un libro de pequeño tamaño. Lo abrió y detrás fue la boca y sus ojos. Tenía que actuar con rapidez así que se guardó el libro en el bolsillo, cerró la compuerta oculta donde se almacenaba y salió de la sacristía. De reojo, el reverendo Cleverance la miraba sin perder el ritmo del sermón que estaba ofreciendo a sus fieles. Al alcanzar la puerta principal la abrió y salió a la calle. El sol la cegó durante unos segundos, pero pudo llegar a su coche.

En el interior del vehículo respiró profundamente. Espiró y acarició el libro que tenía entre las manos. Lo abrió y comenzó a leer. Su corazón latía con fuerza cuando una palabra abandonó su garganta rozando los labios húmedos por la emoción.

—Jimmy...

CAPÍTULO TRECE

Algo que decir

Apartamento de la teniente Karen Williams, Woods Lane, Tejas - 1 de septiembre, año 2016, 18:21 P.M.

El diario de Jimmy podría contener, a primera vista, unas doscientas páginas en tamaño cuartilla. De ellas, el veinte por ciento mostraban multitud de garabatos, otro quince por ciento de frases inconexas y el resto de los relatos. Todos los registros comenzaban con un código, por ejemplo, 13j02 o 15m21. Karen dedujo que se trataba de la fecha. Tampoco revistió un esfuerzo enorme entender la letra de Jimmy cuando se encontraba feliz, ya que estaba formada por trazos redondos y grandes. Los días donde el chico se encontraba estresado o preocupado, lo manifestaba con letras estiradas, geométricas e incluso ilegibles.

Caía la tarde en Woods Lane. Los pájaros descansaban y los niños abandonaban las calles como hormigas que se introducen en sus huecos excavados en la tierra. Los coches aparcados en las aceras se enfriaban y los vecinos acudían a sus casas esperando una reconfortante cena y algo que ver en la televisión, aunque, ese día, no había partido de la NFL, NBA u otro deporte de masas. Tampoco algo que celebrar en el calendario. El pueblo no lo tenía apuntado como un día donde permanecer en la calle así que el espíritu del desierto se adueñó de Woods Lane.

16a20: Es de día ya. Me he levantado temprano y no oigo nada. La tita no sé dónde está. He sacado la cabeza por la ventana y hace sol. Mucho sol. ¿Podré ir a jugar al tractor del tío John? Seguro que la tita se enfada. Hoy es sábado. Mañana domingo y los domingos vamos a misa. Eso ya te lo he dicho muchas veces. Antes me gustaba ir: comía galletas ricas y blanquitas, pero tenía que esperar una cola tremenda para que me dieran solo una. El reverendo Cleverance se ponía muy serio siempre que me la daba y yo intentaba no babear mucho. Por eso la tita me compró un pañuelo. A veces, el reverendo Cleverance, cuando babeaba mucho, me castigaba en su cuarto y me daba vino. Muy poco, porque decía que no debía ser como los mayores que beben hasta caerse redondos al suelo. Eso me dijo la tita que le pasaba

al tío John muchas veces. Bebía y bebía hasta caer al suelo. Cuando la tita se enfada dice que bebía por mi culpa...

Karen sostenía un cigarrillo en la mano mientras pasaba una página tras otra. Saltaba los párrafos que no aportaban ningún dato interesante, pero clavaba su lectura en aquellos cuyo mensaje solía ser desolador.

...y hoy ha vuelto a pasar. He hecho lo que el reverendo Cleverance me ha dicho: ver las fotos y aguantarme las ganas, pero no he podido. Cuando se ha ido y me he acostado, he manchado las sábanas otra vez y la tita se ha dado cuenta y me ha golpeado en la cabeza muy fuerte. Me duele mucho. Le he pedido al reverendo Cleverance que se lleve las revistas, pero dice que no, que tengo que vencer al demonio y para eso ha escrito una "H" en todas ellas. Esa H tan mala y fea, para que me acuerde del Señor H.

Una pandilla de chiquillos gritan en la calle. Es tarde. Los maullidos de los gatos anuncian una persecución entre el grupo de niños cuyos padres son bien conocidos en Woods Lane y los gatos callejeros a los que todos odian. Alguno volverá a su casa con arañazos y su padre, con varias cervezas de más, le dará una paliza mientras su madre se aplica alcohol a las heridas infligidas por este durante una nueva bronca provocada con anterioridad.

16j21. Domingo. Día de galleta. Pero tengo miedo. Esta noche he vuelto a soñar con el señor H (casi escribo su nombre). Seguro que hoy me olvido del pañuelo o tropiezo con Geoffrey que siempre me está chinchando y el reverendo Cleverance me envía a verle. He soñado con el "Pozo del arrepentimiento"... y me he puesto nervioso hasta hacerme pis encima. No quiero volver. No quiero. Hoy es día de galleta.

Un sonido en el descansillo detiene a Karen. Parece un paso. Apaga el cigarrillo y avanza sigilosamente hasta la mesa que reina en el centro del salón. Dos pasos más. Alguien acaricia su puerta. Se detiene. Vuelve a arañar la madera. El revolver de Karen se sostiene entre sus manos.

De pronto, un disparo atraviesa la cerradura del apartamento de Karen y alguien entra con violencia. Para cuando ella intenta apuntarle, un golpe certero en una pierna precipita su cuerpo al suelo. Un hombre se abalanza, pero Karen rueda y le arroja un jarrón mientras, sin pensarlo, decide saltar por la ventana de su primer piso.

Su cuerpo menudo y atlético cayó sobre la tapadera de un contenedor de basura escuchando un crujido en un costado y un grito ensordecedor que fue expulsado desde su vientre. El hombre asomó su rostro desde la ventana y se introdujo de nuevo en el apartamento. Karen llevaba puesto el uniforme aún y las llaves de su coche en un bolsillo con cremallera así que bajó del contenedor y entró en su vehículo a duras penas, aparcado diez metros más allá. Al entrar, vio al hombre salir de su apartamento y montarse en una moto de gran cilindrada. Ella arrancó. El también. No tenía tiempo material de pensar un destino y la lectura del diario de Jimmy la condujo a la casa de los Samuels. Tomó la setenta dirección noroeste con la moto a escasos metros tras ella. Con una mano consiguió acceder al móvil y arrancar una aplicación de los Ranger. Cuando volvió a mirar por el retrovisor no vio la moto, pero un golpe en el cristal la dio a entender que se encontraba a su lado izquierdo. El móvil cayó al suelo y aceleró. El agresor aumentaba la velocidad a escasos centímetros del vehículo y Karen divisó los diez árboles que anunciaban la finca de los Samuels. El coche derrapó cerca de las ruinas del incendio levantando una manta de hojas secas que volaron en remolino. Karen se bajó y comenzó a correr sin rumbo. Hasta que tropezó con un agujero situado en el ala este y cayó por unas escaleras oscuras.

CAPÍTULO CATORCE

El señor H

Sótano de la vivienda de los Samuels, Woods Lane, Tejas - 1 de septiembre, año 2016, 1:14 A.M.

Una voz ronca se escuchó en la lejanía.

—Al fin has despertado.

Karen se restregó los ojos y empezó a distinguir un foco de luz en el horizonte. Se encontraba en una especie de túnel, rodeada de extraños símbolos pintados sobre paredes desnudas, frías y grises. Sus manos intentaban posarse en el suelo húmedo.

—Creo que necesitamos más luz ¿verdad?

Un chasquido metálico se escuchó y varias fuentes de luz blanca cubrieron el largo pasillo en el que Karen se encontraba. Al fin pudo verle.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? —Dijo incorporándose.

—Soy el señor H —Dijo un tipo vestido con una capa negra, una máscara de carnero con grandes cuernos que ocultaba su rostro y un látigo en la mano.

—¿Quién coño es usted? —Gritó echando mano a la cartuchera vacía. Sus pies caminaron hacia atrás y sintieron tropezar con un trozo de madera. Se giró y vio un agujero enorme flanqueado por una escalera de mano tumbada de extremo a extremo. En el fondo, criaturas brillantes y largas siseaban emitiendo un silbido terrorífico.

—Pero que cojones...

—No no no... No se habla así —Dijo el Señor H soltando un latigazo sobre el suelo —Estás en el "Camino al Señor"... y tendrás que rezar tus plegarias para cruzarlo y salvarte.

—¡Pero de que narices está hablado! —Gritó aún más agarrándose a la escalera. En ese instante recordó las palabras escritas de Jimmy sobre un pozo —¡Dios mío!... ¿qué hay abajo?

—¡El Señor Horrendo te ordena que cruces el Pozo del Arrepentimiento para curar tu alma o caerás en él! —Dijo el tipo del disfraz acercándose y empujando la escalera con el pie. Karen intentó guardar el equilibrio sin éxito y cayó al vacío junto con la estructura de madera. Durante la caída calculó que habría unos tres metros de alto. Las criaturas que poblaban el fondo del pozo amortiguaron el golpe y Karen gritó desesperadamente hasta que se dio cuenta

de que las serpientes que pisaba no mordían ni se defendían. Entonces volvió a mirar hacia arriba.

—Ese era el significado de la letra H, ¡Es usted quien castigaba a Jimmy!
El señor Horrendo respiró profundamente.

—No llames castigo a los caminos marcados por el Señor, Karen. Jimmy poseía el alma contaminada por el mismísimo diablo, el espíritu malvado del viejo Hallister... Bendito sea el señor que su alma descansa eternamente en lo más profundo del lago Walking Road...

Karen no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Nadie podía hacer nada por él. Dorothy y su hermana lo intentaron. ¡Hasta que llegué yo! —Y se retiró la máscara. El rostro sudoroso del reverendo Cleverance emergió de la oscuridad mostrando un rostro siniestro.

—Usted está loco... —Dijo sollozando. No podía ni imaginar el horror que Jimmy debió vivir en aquel lugar, aunque, por el olor y los colores de las paredes que revestían el pozo, consiguió hacerse una leve idea.

El señor Horrendo se acercó al borde del agujero. Karen escuchó un sonido de pisadas más alejado, pero no movió un músculo. Respiraba con dificultad.

—Jimmy fue fruto de la vergüenza, de la más absoluta aberración perpetrada por Hunter Samuels y Acelynn... ¡maldito hijo del diablo! Ese tipo nunca tenía que haber parido a tres chicas, ni siquiera a un hombre. Pobre Sara, aquella chica con tan solo dieciocho años recibió el estigma de ser ultrajada, madre sin marido que la cuidase... pero tuvo a Claire... mi amada Claire...

—¿Su amada Claire?

El reverendo se relajó mirando al fondo del túnel.

—Recuerdo aquel verano de 1966... Yo tenía tan solo veinte años y ella quince... pero nos cegó el amor y se quedó embarazada de mellizos... unos niños preciosos, aunque con la piel más oscura que el mismísimo anochecer de los tiempos... no sé cómo me enamoré de una esclava, pero así fue, no pude evitarlo— De pronto cambió el semblante y sacó un arma del interior de la capa. Karen abrió la boca unos centímetros al ver el cañón apuntarla directamente. Con valentía exclamó:

—¡Los mellizos son el Sheriff y Linda! Ahora lo entiendo... una vergüenza para la comunidad que usted se casara con una negra en aquellos años... —Dijo sin temer que el reverendo disparase —Así que tuvo que vivir su

relación con Claire en secreto y no ver a sus hijos.

El reverendo temblaba y una voz tras él se escuchó.

—Todo ha terminado, reverendo ¡baje el arma!

Él se giró.

—¡Hunter! Eres clavado a tu abuelo...

Karen juraría que la voz pertenecía al Sheriff, pero decidió guardar silencio.

—No puedo más. Mi alma ya está condenada desde el crimen de Dorothy así que me da igual morir aquí o en la cárcel —Dijo apuntándole con un arma. ¡Te dije que teníamos que quemar el puto diario! —Gritó sollozando — Pero me lo enseñaste y obligaste a conocer la verdad sobre mi abuelo, el bastardo de Hunter Samuels, un violador y borracho que dejó preñada a una cría de tan sólo dieciocho años, aunque — Hizo una pausa para acercarse un poco más— Tú sabes de que va eso, ¿verdad? Porque tu historia de amor con Claire no es tan bonita como la pintas... de hecho, ¡eres igual de culpable que Hunter!

Karen intentó caminar hacia el lado más alejado del pozo para ver la escena y escuchar toda la conversación. Cinco pasos hacia atrás sobre una cantidad ingente de culebras seseantes le permitieron llegar a la pared que, al pegar la espalda, sintió helada y húmeda. El olor que desprendía era insoportable. Pero pudo escuchar y ver lo que ocurría.

—Yo no te obligué a hacer nada...

El Sheriff gritó.

—¡Claro que sí! ¿Cómo ocurrió? Ah, si... te dije que Dorothy encontraría el diario del chico si la permitías a restaurar el jodido escritorio —De pronto, se dirigió a Karen —Escuche esto, teniente, le va a gustar... Dorothy era una cotilla de cuidado y cuando leyó las páginas que el atontado de su hijo había escrito sobre todo lo que este cabrón le hacía aquí abajo, se dio cuenta del daño que le estabas provocando... Estaba dispuesta a denunciarte, pero eso ya lo sabías —Continuó dirigiéndose al reverendo que se aproximaba al borde del pozo —Sería una entrometida, pero tenía más dignidad que tú y, en el fondo, quería al chico... Acudió a la hemeroteca del Woods Lane Herald y descubrió lo de Claire. Si aparecía con el cuento en mi oficina sabes que todos iríamos detrás.

El Sheriff comenzó a respirar con torpeza. El sonido de sus botas arañando el suelo alertó a Karen que sólo veía la espalda del reverendo y sus pies al

borde del pozo. Se hizo el silencio y el Sheriff exclamó:

—¡Ahora te toca pagar por ello!

Un disparo y el reverendo Cleverance cayó lentamente a un metro de Karen. Ella gritó sin poder evitarlo y, cuando el Sheriff la vio allí abajo la apuntó. Ella le devolvió la mirada.

Pero él alzó la pistola con rapidez a su sien y apretó el gatillo cuando varios agentes de la oficina entraron en el sótano.

El cuerpo inerte del Sheriff se precipitó hacia el fondo del pozo, cayendo sobre el reverendo Cleverance, formando una cruz.

<<<<◇>>>>

Agradecimientos

Quiero agradecer a todos los lectores y lectoras su apoyo para conseguir una segunda edición de este libro. Sin vuestro cariño y respuesta no hubiera sido posible. Se han corregido ciertos errores menores.

Existen dos personas que influyen en mi carrera como escritor directamente, con sus consejos y apoyo incondicional. La primera, columna que sostiene mi vida y le da sentido, Amaya. A ella le debo todo lo que soy hoy en día y nunca podré pagarle su eterna comprensión y paciencia en esta aventura. La segunda es mi profesor de Técnicas Narrativas Néstor Belda, una persona excepcional y humilde, cuya experiencia y conocimiento pone al servicio de aquellos que quieran aprovecharla.

No pueden faltar mis padres y hermanos y familia. Para ellos me faltan palabras.

Especial agradecimiento eterno a Guillermo, mi pequeño. Su edad no refleja todo lo que su mente le muestra y nos enseña cada día. Es la otra columna donde me apoyo, puedo caminar y sigo adelante.

A mis amigos Nacho, Susana, Juanmi, Laura, Elena, Merche, Pilar, Rocío y los demás, que han aguantado estoicos cada batalla literaria contada durante horas.

Incluyo, además, a todos los que forman parte de mi vida gracias a Facebook y Twitter, donde he conocido a grandes escritores y mejores personas que me inspiran cada día. Quiero hacer mención especial a Txaro Cárdenas, directora de la revista MoonMagazine por su tesón y a Josevi Blender, ilustrador y experto en novela negra por sus consejos y puntos de vista.

A todos, gracias por apoyarme. Muchas gracias ☺

Facebook: <https://www.facebook.com/DavidVerdejoOficial/>

Twitter: <https://twitter.com/DavidVerdejoOfi>

WordPress: <https://davidverdejoblog.wordpress.com>

Consideraciones

Todos los personajes, el pueblo de Woods Lane y el Ground Tell Memorial Hospital, así como otras ubicaciones físicas son fruto de mi imaginación y no tienen nada que ver con la realidad.

Respecto al personaje ficticio del Reverendo Cleverance quiero dejar claro y por escrito que su personalidad, la religión que profesa y el resto de los comportamientos que se describen en la novela no obedecen a ninguna experiencia infantil o una actitud personal del autor frente a la religión católica y los miembros de su iglesia.

Esto es una novela de ficción. Si alguien se ha sentido ofendido en algún momento, deseo sean aceptadas mis más sinceras disculpas.

Curiosidades

La Iglesia Católica de Saint Marie está basada en la Central Basílica de Santa María, en Galveston.

El Sinsonte es un ave típica del estado de Tejas cuyo escudo muestra una imagen de este pájaro.

En el primer capítulo dos, cuando la teniente Karen Williams le pasa a su compañero George Brooks el dibujo que Jimmy realizó en la sala de interrogatorios. Ese dibujo está basado en uno realizado por mi hijo donde él mismo pintó, sin que yo se lo pidiese, una especie de castillo con dos torres en la fachada principal y otra en el centro.

En el capítulo cuatro se describe el siguiente párrafo *“De antiguas tortugas que cruzaban las polvorientas avenidas del pueblo, allá por los años sesenta, no quedaban más que su recuerdo en las bibliotecas de las ciudades más grandes de Tejas”*. Se trata de un tributo a "Las uvas de la ira" (John Steinbeck, 1939) haciendo un pequeño homenaje al capítulo tres de esa novela donde describe con maestría el devenir de una tortuga.

En el capítulo ocho, George se aloja en el Blue Diamond Motel. Este motel es el que apareció caracterizado para la película "Twin Peaks: Fire Walk With Me" (David Lynch, 1992) y es otro homenaje a la mítica serie "Twin Peaks".

En el capítulo diez y once se describen, de una forma muy breve, hechos históricos reales que pueden encontrarse en cualquier libro de historia. Si algún lector encuentra errores, por favor, agradecería la información.